

SERMONES SELECTOS DE
C. H.
SPURGEON

SERMONES SELECTOS DE
C.H.
SPURGEON

VOLUMEN - 2



editorial clie

MÁS DE 100
SERMONES COMPLETOS
Y SUS CORRESPONDIENTES BOSQUEJOS

EDITORIAL CLIE
C/ Ferrocarril, 8
08232 VILADECAVALLS
(Barcelona) ESPAÑA
E-mail: clie@clie.es
<http://www.clie.es>



«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org <<http://www.cedro.org>>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

© 2021 Editorial CLIE

SERMONES SELECTOS DE C.H. SPURGEON, VOL.2

ISBN: 978-84-18810-69-5
Depósito legal: B 12589-2021
Sermones
Sermones completos
Referencia: 225185



Índice General

Prólogo	7
CAPÍTULO I. DOCTRINA DE DIOS	
1. Dios Padre	15
2. Jesucristo	57
3. Espíritu Santo	159
CAPÍTULO II. DOCTRINA DEL HOMBRE	
1. Estado pecador	171
2. Libertad	206
CAPÍTULO III. SAGRADA ESCRITURA	
1. Estudio de la Biblia	237
2. Parábolas	263
3. Personajes	278
4. Tipos y figuras	331
CAPÍTULO IV. SOTERIOLOGÍA	
1. Expiación	377
2. Justificación	410
3. Gracia	420
4. Arrepentimiento	454
5. Fe	498
6. Salvación	515
7. Regeneración	567
CAPÍTULO V. VIDA CRISTIANA	
1. Seguimiento	595
2. Discipulado	626
3. Oración	652
4. Edificación	707
5. Pecados	764
6. Educación familiar	797
7. Avivamiento	805
8. Santidad	835
CAPÍTULO VI. ECLESIOLOGÍA	
1. Ministerio	869
2. Dones	926
3. Predicación	934
4. Mayordomía	997
5. Evangelismo	1010
CAPÍTULO VII. ESCATOLOGÍA	
1. Cielo	1087
2. Infierno	1093



Índice Escritural	1105
Índice de Títulos	1107



Prólogo

El secreto de Charles H. Spurgeon

El día 7 de octubre de 1857 una enorme multitud de personas, 23.654 para ser exactos, se congregó en el Palacio de Cristal de Londres con el solo propósito de escuchar un sermón a Charles H. Spurgeon (1834-1892). Fue quizás el auditorio más grande al que se dirigió un predicador evangélico hasta esa fecha. ¿Dónde reside el secreto de Spurgeon para atraer tal cantidad de público, la clave de su éxito en una cuestión tan prosaica y, aparentemente, poco atractiva y nada espectacular como escuchar pura y llanamente un sermón religioso sin apoyo de recursos musicales ni visuales?

La verdad es que no creo que se trate de ningún tipo de secreto ni de ninguna clave cuyo desciframiento abra las puertas del éxito en la actualidad. Primero, porque cada época tiene sus modos y preferencias, y la época victoriana que le tocó en suerte a Spurgeon, se caracteriza por el gusto y la afición de la gente por los temas evangélicos. Los temas de predicación dominical se convertían en objeto de conversación en la peluquería o el mercado durante toda la semana, tal como hoy ocurre con los asuntos relacionados con el deporte o las estrellas del cine o la televisión. La nuestra es una época secularizada que no responde a la invitación evangélica sino después de muchos esfuerzos.

Dicho sea de paso, Spurgeon tuvo el privilegio de vivir la época dorada del cristianismo evangélico: la iglesias crecían numéricamente, los candidatos al pastorado abundaban, la misiones se extendían por todo el planeta y parecía cercano el día del triunfo universal del Evangelio. En contraste con nuestros días, cuando el islam parece un amenaza creciente, entonces permanecía como una religión sumida en el letargo y la decadencia: «Contemplad la religión de Mahoma –dice Spurgeon–. Durante más de cien años amenazó con subvertir los reinos y trastornar el mundo entero; mas, ¿dónde están las espadas que brillaron entonces?, ¿dónde están las manos que asolaron a sus enemigos? Su religión se ha convertido en algo viejo y gastado; nadie se preocupa de ella, y el turco, sentado en su diván con las piernas entrelazadas y fumando su pipa, es la mejor imagen de la religión de Mahoma: vieja, estéril y enferma. Pero la religión cristiana permanece tan lozana como cuando comenzara en su cuna de Jerusalén» (*Un pueblo voluntario y un guía inmutable*, II, 1).¹

En segundo lugar, lo que se llama secreto o clave no es, en lo que se refiere a los temas cristianos, una cuestión oscura o inaccesible sólo disponible para algunos elegidos. Hay mucho de equívoco, y hasta de engaño, en la búsqueda del secreto de esto o de lo otro, que hace que algunos se encumbren con la fórmula que todo resuelve. La religión siempre está tentada por la magia, que es una forma sutil de idolatría. Hablando en términos espirituales, el secreto de la vida cristiana, de la paz, del gozo, del ministerio, es un secreto a voces. Consiste en algo tan sencillo como ser cristiano. Simplemente eso, dejar que Dios sea Dios y el Evangelio sea el Evangelio, no imponerle fórmulas ni cargarlo con misterios que

¹ Lo mismo constató, algunos años después, la intrépida viajera británica Freda M. Stark (1893-1993), en su libro *Los Valles de los Asesinos*. Ed. Península, Barcelona 2001, ed. org. 1936.



bajo la excusa de la *sana doctrina* impiden que el mensaje de Jesucristo se manifieste, desde la sencillez, en la pluriforme riqueza de su contenido que «hace nuevas todas las cosas» (2 Co. 5:17; Ap. 21:5), haciendo que cualquier manifestación del Espíritu pase por el tamiz de la tradición de los ancianos.

Ahora bien, es del todo cierto, que es una época de gigantes del púlpito evangélico, Spurgeon los rebasa a todos en el tiempo, conservando sus sermones la frescura y el poder espiritual de antaño. Alexander Maclaren (1800-1910); Henry Melville (1800-1971), Joseph Parker (1830-1902); F.W. Robertson (1816-1853); F.B. Meyer (1847-1929); Phillips Brooks (1835-1889); A.T. Pierson (1837-1911); y muchos otros destacan en las páginas de la historia de la predicación cristiana por el contenido de sus mensajes y su poder de atracción. A su manera todos fueron grandes. Pero lo fueron en su día, mientras que Spurgeon sigue gozando de la estima de miles de creyentes en todas las partes del globo como si de un contemporáneo se tratase. Y esto es así por una razón muy sencilla, sus mensajes exhalan lo mejor del mensaje evangélico de todos los tiempos.

Evangélico de evangélicos

En este punto reside no tanto el éxito como la perennidad del legado de Spurgeon. Encarna con nadie el espíritu evangélico heredero del avivamiento británico de Whitefield y Wesley, fuente y matriz del amplio y diversificado mundo evangélico moderno, que, pese a sus diferencias, y por encima de ellas, coincide en unos cuantos puntos básicos que identifican y distinguen el modo de ser evangélico de cualquier otra expresión del cristianismo habido y por haber.

En principio el cristianismo evangélico va más allá de las fórmulas doctrinales, no importa lo correcta y ortodoxas que sean, para indagar en el estado del corazón, regenerado o irregenerado. Profesante de una fe o un credo, o «nacido de nuevo», según la fraseología del Evangelio de Juan. Evangélico es, ante todo, quien en el umbral del cristianismo coloca el llamamiento a nacer de nuevo, *necesidad* primera, sin la cual todo lo demás resulta vano y, al final, condenatorio. Esta enseñanza se halla primeramente en la Biblia misma, luego en Lutero,² y después en George Whitefield, y así hasta nuestros días. De tal manera caló está *necesidad* en las iglesias de la Reforma, que desde entonces nada se considera más aborrecible que un ministro o pastor irregenerado, no importa lo instruido que esté en teología o la perfección con que efectúe los servicios sagrados.

En segundo lugar, y siguiendo esta línea de pensar y proceder, evangélico es quien busca la salvación de los demás por el mismo sistema que a él le ha hecho salvo: el nacimiento de nuevo. La doctrina en un paso segundo en relación al primer paso de la experiencia de la conversión.

Por ello, y en tercer lugar, el celo evangelístico es característico del evangélico, por el que busca que, tanto cristianos nominales como personas ajenas al cristianismo, lleguen a *experimentar* el nuevo nacimiento, consistente en comprender la gravedad del pecado en uno mismo, por un lado, y grandeza de la obra amorosa de Dios en la muerte de Cristo en favor del pecador, por otro.

De tal modo que, en cuarto lugar, las llamadas doctrinas de la salvación ocupan el lugar central del mensaje evangélico, en especial las que tienen que ver con el arrepentimiento y la fe, por parte del hombre; y la muerte substitutoria de Cristo en la cruz, por parte de Dios, el cual es justo pero justifica al impío solamente por la fe, no por las obras.

² Véase Martín Lutero, «Evangelio de Juan, cap. 3», en *Comentarios de Martín Lutero*, vol. VIII. CLIE, Terrassa 2002.



En quinto, y ultimo lugar, el estudio de la Biblia para refrendar su mensaje y como un medio para alimentar la nueva criatura nacida como resultado del encuentro personal con Cristo y la iluminación del Espíritu Santo, que incorpora a cada nuevo creyente en una comunidad centrada en la predicación de la Palabra, la comunión unos con otros, el partimiento del pan y el testimonio personal.

En Spurgeon, como en todo grand predicador evangélico, pero superándolos a todos en profundidad, extensión y convicción, latén, surgen, se manifiestan, cobran vida una y otra vez estos grandes temas o puntos que hemos mencionado. Hable de lo que hable, de Dios o del hombre, de la oración o de la teología, del estado de la Iglesia o del mundo, de la piedad o de las misiones, de los creyentes o los pastores, Spurgeon dirigirá siempre la atención de sus oyentes a los susodichos puntos que son como la carta de naturaleza del cristianismo evangélico y el mejor remedio de todos los males relativos a la hipocresía e inconsistencia de los cristianos. Pues solo cuando el corazón desconoce el «nacimiento de lo alto», u «olvida su primer amor», asaltan los conflictos a las congregaciones, enemista a los pastores entre sí, produce tristeza y malestar, pues al Reino de Dios se entre y se vive por el nuevo nacimiento (Jn. 3:3).

El corazón del Evangelio, dice Spurgeon, es que Cristo ha muerto por los pecadores, pero esto no significa nada si el pecador no puede añadir su pronombre personal y decir «por mí» y al decirlo, *sentir* como de su espalda se desprende el fardo del pecado y reconoce al instante que Jesús, y sólo Él es el único y suficiente Salvador, a partir de cuyo momento vivo por Él y para Él (Gá. 2:20). Conoce por experiencia que la gracia, no sus obras, incapaces de alzarse con el mérito o el derecho de la salvación, le abre la puerta del cielo y le da la completa seguridad de que pertenece al número de los elegidos, que nada ni nadie puede separarle de las manos del Padre. Todo esto, y poco más, es lo esencial el modo de ser y de vivir del cristiano evangélico. Lo demás es como una añadidura. La teología, las misiones, la asistencia social, el estudio, la iglesia, la ética, etc., existen como manifestación de una experiencia de gracia que, de parte del hombre, se vive como *nuevo nacimiento*, el paso de la muerte a la vida, de la oscuridad a la luz, de la condenación a la salvación.

La moral evangélica es ética de respuesta y gratitud. Se ama porque se ha sido amado, sentido el amor inabarcable de Cristo Salvador; se perdona, porque se sabe perdona por Dios; se sirve a los demás porque ha sido servido por Dios mismo; se sacrifica porque alguien, el Hijo de Dios, se sacrificó primero. La doctrina cristiana, tal como es desarrollada en el mundo evangélico, crece y se desarrolla en torno a estos puntos, nunca alejándose demasiado de ellos.

El cristocentrismo de la gracia

Spurgeon no fue, no es grande por el poder de su oratoria, por sus dotes naturales de retórica y oportuna ilustración de sus puntos de vista; tampoco por la apariencia de su persona o la modulación de su voz. De hecho, su apariencia personal no era atractiva, hasta donde podemos colegir por los informes que nos han llegado, no tenía magnetismo personal que algunos oradores poseen. Su voz era clara y poderosa, y podía oírsele muy bien en salón grande, pero carecía de la graduación de expresión de la que se han servido con ventaja muchos oradores. Spurgeon predicaba de un modo natural, sin ninguna afectación, y así enseñaba a hacerlo. Véase su sermón al respecto: «El don de hablar espontáneamente». Lo que distinguía realmente es la capacidad de concentrarse en Cristo sin dejarse aparte por cuestiones secundarias, y desde ahí cubrir todas las necesidades del corazón creyente y del pecador preocupado por su pecado.



La gracia soberana era predicaba por muchos, en especial la versión hiper calvinista cuyas críticas hubo de enfrentar, particularmente en lo que se refiere a la oferta indiscriminada de la salvación.³ «Algunos de nuestros hermanos –dice– que están muy ansiosos de llevar a cabo los decretos de Dios en vez de creer que Dios puede llevarlos a cabo por sí mismo, siempre están tratando de hacer distinciones en su predicación. ¡Predican un Evangelio a un conjunto de pecadores y otro a otra clase diferente! Son muy diferentes a los viejos sembradores que, cuando salían a sembrar, sembraban entre espinas y en los pedregales y junto al camino. Estos hermanos, con profunda sabiduría, se esfuerzan por encontrar cuál es la buena tierra. Insisten mucho en que no se debe tirar ni siquiera un simple puñado de invitaciones si no es en el terreno preparado. Son demasiado sabios para predicar el Evangelio a los huesos secos que están en el valle, como Ezequiel lo hizo mientras todavía estaban muertos» (*Grados de poder en el Evangelio*, I). En Spurgeon el anuncio de la gracia salvífica brota espontáneamente no de un sistema de decretos o pactos, sino del costado de Cristo, cuya sangre derramada testifica su amor por los pecadores. Estaba completamente seguro que la sangre de Cristo, es decir, su muerte sacrificial en la cruz, clamaba elocuente y suficientemente a favor de la conciencia pecadora. Ahora bien, en este punto, él se mantuvo fiel a los que creen que la sangre de Cristo sólo fue derramada por aquellos a quienes eligió para salvación.

«Ha sido siempre mi costumbre el dirigirme a vosotros con las verdades sencillas del Evangelio –dice en *La redención limitada*–, y raras veces he tratado de explorar en lo profundo de Dios», pero en aquello que Spurgeon considera suficientemente revelado en la Escritura, no duda en defenderlo y mantenerlo, aunque sea una cuestión impopular, todo ello en un espíritu pastoral, que busca el bien de sus oyentes: «La única pregunta que debe preocuparos es: ¿Murió Cristo por mí? Y la única respuesta que puedo daros: “Palabra fiel y digna de ser recibida de todos, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. ¿Podéis escribir vuestros nombres detrás de esta frase, entre los pecadores; no entre los pecadores de compromiso, sino entre los pecadores que se sienten como tales, entre los que lloran su culpa, entre los que la lamentan, entre los que buscan misericordia para la misma? ¿Eres pecador? Si así lo sientes, si así lo reconoces, si así lo confiesas, estás invitado a creer que Cristo murió por ti, porque tú eres pecador; y eres instado a caer sobre esta grande e inamovible roca, y a encontrar seguridad eterna en el Señor Jesucristo» (*La redención limitada*).

Un príncipe admirado, pero poco imitado

Como ha ocurrido con todos los grandes iniciadores de movimientos religiosos, Spurgeon cuenta con más admiradores que con verdaderos seguidores de su ejemplo, no es un sentido de mera repetición o mímica, sino de continuidad creativa de sus principios, juicios y creencias. Unos se han quedado con el modelo calvinista del Spurgeon cuyo Evangelio está representado por las enseñanzas de Calvino y los puritanos al respecto. No hay duda que mucho de esto hay en Spurgeon: «Creo que Calvino –dice– sabía más del Evangelio que casi todos los hombres que han vivido, a excepción de los escritores inspirados» (*La redención limitada*, V, 1). Pero Spurgeon es el hombre que a la teología calvinista ha sabido sumar la calidez evangélica del metodismo primitivo: «Si lográramos predicar la

³ Véase Iain H. Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism. The Battle for Gospel Preaching*. The Banner of Truth Trust, Edimburgo 1995.



doctrina de los puritanos con el celo de los metodistas, veríamos un gran futuro. El fuego de Wesley y el combustible de Whitefield producirán un incendio que inflamará los bosques de error, y calentarán el alma misma de esa tierra fría» (*Sermones, su importancia*, IV, e).

Para otros, Spurgeon es un modelo de improvisación y espontaneidad en la predicación, sin artificios de erudición o de teología. Cierto, pero sin olvidar que Spurgeon fue un apasionado de la lectura y un gran amante de los libros. Para él, la improvisación y espontaneidad no están reñidas con la preparación y el estudio, antes al contrario, «solo un ministerio instructivo puede retener a una congregación; el mero hecho de emplear el tiempo en la oratoria, no bastará. En todas partes los hombres nos exigen que les demos alimentos, alimentos verdaderos. Los religiosos modernos cuyo culto público consiste en la palabrería de cualquier hermano que tenga a bien pararse y hablar, van ya disminuyendo, y acabarán por dejar de existir y esto, a pesar de los atractivos halagadores que presentan a los ignorantes y locuaces, porque aun los hombres más violentos y extravagantes en sus opiniones, y cuya idea de la intención del Espíritu es que cada miembro del cuerpo debe ser una boca, se fastidian muy pronto de oír los disparates de otros, por más que les guste mucho proferir los suyos. La mayoría de la gente buena se cansa pronto de una ignorancia tan insulsa, y vuelven a las iglesias de las cuales se separaron, o mejor dicho, volverían si pudieran hallar en ellas buena predicación» (*El don de hablar espontáneamente*, I). No hay excusas para la falta de preparación, por razones más altas que se invoquen: «El Espíritu Santo nunca ha prometido suministrar alimento espiritual a los santos por medio de ministros que improvisan. El nunca hará por nosotros lo que podemos hacer por nuestras propias fuerzas. Si podemos estudiar y no lo hacemos; si la iglesia puede tener ministros estudiosos y no los tiene, no nos asiste el derecho de esperar que un agente divino supla las faltas que dimanar de nuestra ociosidad o extravagancia» (*El don de hablar espontáneamente*, I).

Por esta razón, si el pastor no puede disponer de libros por carecer de recursos suficientes para comprar el mayor número, la Iglesia deben esforzarse en ayudarlo. De hecho, Spurgeon emprendió una campaña para que se estableciesen bibliotecas para los ministros, como cosa de primera necesidad. «Si se pudiera asegurar a los ministros pobres una pequeña cantidad anual para ser empleada en libros, sería esto una bendición de Dios así para ellos como para sus respectivas congregaciones. Las personas de buen juicio no esperan que un jardín les produzca buenas plantas de año en año, a menos que abonen el terreno; no esperan que una locomotora funcione sin combustible, ni que un buey o un asno trabajen sin alimento; pues que tampoco esperen recibir sermones instructivos de parte de hombres privados de adquirir buenos conocimientos por su imposibilidad de comprar libros» (*Ministros con escasos recursos para trabajar*, I,1).

«Sed bien instruidos en teología —dice en otro lugar—, y no hagáis caso del desprecio de los que se burlan de ella porque la ignoran. Muchos predicadores no son teólogos, y de ello proceden los errores que cometen. En nada puede perjudicar al más dinámico evangelista el ser también un teólogo sano, y a menudo puede ser el medio que le salve de cometer enormes disparates. Actualmente oímos a los hombres arrancar de su contexto una frase aislada de la Biblia y clamar: “¡Eureka! ¡Eureka!” como si hubieran hallado una nueva verdad, y, sin embargo, no han descubierto un diamante, sino tan solo un pedazo de vidrio roto» (*¡Adelante!*, I, 2).

Esperemos que la publicación de estos sermones atraiga la atención de pastores y creyentes por igual, de tal manera que su lectura y meditación con-



tribuya a reparar ese mal que consiste en dar culto de labios y no poner por obra lo que se alaba. Imitando la fe de los buenos discípulos de Cristo (1 Co. 4:16; 11:1; Ef. 5:1; Fil. 3:17; 1 Ts.1:6), estaremos mejor preparados para imitar el único modelo digno de toda imitación, a saber, Jesucristo, Salvador del mundo.

ALFONSO ROPERO



Capítulo I

DOCTRINA DE DIOS

Dios Padre,
Jesucristo,
Espíritu Santo



1. Dios Padre

1. MISERICORDIA, OMNIPOTENCIA, Y JUSTICIA

«Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable» (Nahum 1:3).

INTRODUCCIÓN: Luces y sombras en el carácter del Altísimo.

I. TARDO PARA LA IRA

1. Nunca castiga sin advertencia.
 - a) Muestra paciencia
 - b) Instruye
 - c) Amonesta
2. Lento en amenazas.
3. Lento en sentenciar.
 - a) Le amonesta
 - b) Le da tiempo a arrepentirse
 - c) Retarda la condenación
4. El estado de nuestras ciudades.
5. Él es grandioso.

II. GRANDE EN PODER

III. JUSTICIERO

1. Nada quedará sin castigo.
 - a) La escena del Calvario
2. Las maravillas de su venganza.
 - a) El Edén arruinado
 - b) El mundo ahogado
 - c) Sodoma
 - d) La tierra abriéndose
 - e) Las plagas de Egipto
4. Razones de su bondad

CONCLUSIÓN: No dormirse, sino clamar misericordia.

MISERICORDIA, OMNIPOTENCIA, Y JUSTICIA

INTRODUCCIÓN

Se requiere cierta educación para poder apreciar las obras de arte en sus exquisitos detalles. La persona que no ha sido aún instruida al respecto, no puede percibir de forma instantánea las variadas excelencias

de la pintura de alguna mano maestra. Tampoco imaginamos que las maravillas de las armonías del mejor cantante, capturen de un modo mágico a los oyentes ignorantes de la música. Debe de haber algo en el hombre mismo, antes de que pueda entender las excelencias del arte o la naturaleza. Ciertamente es una cuestión de carácter. Por causa de las faltas y fracasos en nuestra personalidad y nuestra vida misma, no somos capaces de entender cada belleza en particular y la perfección unida del carácter de Cristo, o de Dios el Padre. Nosotros mismos éramos puros como los ángeles del cielo. Nuestra raza en el jardín del Edén era imaculada y perfecta. Deberíamos hacernos una idea mucho más acabada y noble del carácter de Dios, la cual no poseemos, como consecuencia de nuestra naturaleza caída. Sin embargo, no podemos dejar de ver que los hombres, debido a la alienación de su naturaleza, están malinterpretando de continuo a Dios. Son completamente incapaces de apreciar su perfección. ¿Os habéis preguntado alguna vez si Dios detuvo su mano antes de ejercer la ira? Mirad, hay quienes dicen que Dios ha cesado de juzgar al mundo, y adoptan una actitud apática e indiferente. ¿Castigó en otro tiempo Dios a los hombres por su pecado? Algunos dicen que es severo y cruel. Los hombres lo malinterpretan porque son imperfectos en sí mismos, y no tienen la capacidad de admirar auténticamente el carácter de Dios.

Esto ocurre en lo que tiene que ver con ciertas luces y sombras en el carácter del Altísimo, que Él ha combinado sabiamente y a la perfección junto con su naturaleza. Aunque no podamos ver el punto de contacto donde se unen ambas características, somos impactados con la maravilla de la armonía sagrada. Al leer las Escrituras, y en particular la vida de Pablo, vemos que se destacó por su celo hacia la obra de Dios. Pedro será recordado por su valor y osadía. Juan es admirado por su capacidad de amar. ¿Habéis notado que cuando leemos la historia de nuestro Maestro, el Señor Jesucristo, no solemos decir que fue notable por alguna virtud en particular? ¿Por qué ocurre esto? ¿Es acaso porque la intrepidez



y la osadía de Pedro crecieron de tal modo que echaron sombra sobre las virtudes de los demás? Cuando un hombre es notable en algunas áreas de su vida, casi siempre no lo es en otros campos. La absoluta y completa perfección de Jesucristo, hace que no podamos resaltar uno u otro de los rasgos de su carácter. No estamos acostumbrados a hablar de su celo, de su valor o de su amor. De Él decimos que tenía un carácter perfecto. Sin embargo, no somos capaces de percibir fácilmente donde se mezclaban las luces y las sombras de su personalidad. ¿En qué punto su mansedumbre se amalgamaba con su valor, y su amor se fundía con su resolución para denunciar el pecado? No podemos darnos cuenta de dónde convergían los distintos puntos de su carácter.

Lo mismo ocurre con Dios el Padre. Permittedme hacer las observaciones y comentarios que he hecho en mis apuntes, a causa de dos cláusulas que parecen describir atributos contrarios. Notaréis que en mi texto hay dos cosas distintas: Él es «tardo para la ira», pero «no tendrá por inocente al culpable». (Nah. 1:3). Nuestro carácter es tan imperfecto que no podemos ver la congruencia de los dos atributos. Tal vez nos preguntamos y decimos: ¿cómo es que es «tardo para la ira», pero «no tendrá por inocente al culpable»? Es porque su carácter es perfecto, pero nosotros no podemos ver estas dos características unidas la una con la otra. Su justicia es infalible, y la severidad que corresponde al dueño absoluto del universo, se combina con su amor y su encanto, su paciencia y sus tiernas misericordias. La ausencia de cualquiera de estos rasgos del carácter de Dios lo habría hecho imperfecto. La presencia de todo ellos, sella el carácter de Dios con una perfección nunca vista.

Ahora trataré de analizar y presentar estos dos atributos de Dios, y el vínculo que los conecta. El Señor es *tardo para la ira* y *grande en poder*. Tendré que demostrarlos como la expresión «grande en poder» se refiere a la cláusula anterior y a la que sigue, como un vínculo entre ambas. Pasaremos entonces, a considerar el próximo atributo: «No tendrá por inocente al culpable»; *un atributo de justicia*.

I. TARDO PARA LA IRA

Permittedme empezar con la primera característica de Dios. Él es *tardo para la ira*. Dejádme que os explique este atributo y luego llegaremos hasta su mismo origen. Dios es «tardo para la ira». Cuando Misericordia vino al mundo montaba en corceles alados y los ejes de su carruaje se encendían a medida que iba adquiriendo velocidad. Sin embargo, cuando llegó IRA, caminó con un paso lento y arrastrado; no tenía prisa para matar, ni era rápido para condenar. La vara de la misericordia de Dios, está siempre extendida en su mano. La espada de su justicia está guardada en su vaina. Puede sacarse con facilidad, pero hasta que llegue el momento, seguirá sujeta por su dueño, que tiene misericordia de los pecadores, y desea perdonar sus transgresiones. En el cielo Dios tiene muchos oradores, y algunos de ellos hablan con mucha rapidez. Cuando Gabriel descendió a la tierra para traer las buenas nuevas, habló rápidamente. Cuando las huestes angélicas descendieron de la gloria, volaron con alas de relámpago, mientras proclamaban: «¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!» (Lc. 2:14). Pero el Ángel de la Ira es un orador lento, que habla haciendo muchas pausas. Cuando está a punto de languidecer, Piedad une sus lánguidas notas, y continúa expresándose. A la mitad de su discurso, a menudo esconde su rostro, dando lugar para que Perdón y Misericordia continúen. El Señor de la ira se dirige a los hombres con el propósito de que sean llevados al arrepentimiento y reciban la paz y el amor de Dios.

Hermanos, trataré ahora de enseñaros cómo Dios es «tardo para la ira».

1. En primer lugar, me propongo probar que Él realmente es «tardo para la ira»; porque nunca castiga sin antes advertir lo que está mal. Los hombres que son coléricos y rápidos para enojarse dan una palabra seguida de un resoplido. A veces viene primero el resoplido y luego la palabra. Los reyes, en algunas ocasiones en que sus siervos se rebelaban en contra de ellos, primero les castigaban y luego les hablaban. No hacían ninguna advertencia, ni daban



tiempo para el arrepentimiento. Tampoco les permitían permanecer dentro de la alianza del reino. Eran echados fuera para siempre. No sucede así con Dios. Él no cortará al árbol enfermo hasta que cave la tierra a su alrededor, la abone y vuelva a recuperarlo. No borrará de la faz de la tierra a aquel hombre que tiene un carácter vil, hasta que no le haya enviado sus advertencias por medio de los profetas. No ejecutará sus juicios hasta ver que no obedecen la palabra llevada por sus enviados, y les instruirá línea sobre línea y precepto sobre precepto. Dios no destruyó ninguna ciudad sin antes advertirles seriamente a sus habitantes, sobre las consecuencias de su condición de pecado y desobediencia. Mientras Lot estuviera dentro de Sodoma, la ciudad no perecería. El mundo no fue inundado con el diluvio, hasta que ocho profetas estuvieron predicando y Noé, el octavo, profetizó sobre la venida del Señor. Dios no destruyó a Nínive antes de haber mandado a Jonás. No aplastó a Babilonia hasta que los profetas llevaron su mensaje por las calles. No destruye inmediatamente al hombre, sino que primero le hace muchas advertencias. Dios advierte por medio muchas vías; por su Palabra, por una enfermedad, por métodos providenciales y por medio de las consecuencias funestas del pecado. Él no hiere de golpe y de una forma contundente, primero reprende y amonesta. En la gracia de Dios no sucede como en la naturaleza, que primero brillan los relámpagos y después viene el trueno y el rayo. Dios manda primero el trueno de su ley, seguido por el relámpago de la ejecución. El ejecutor de la justicia divina, lleva su hacha atada a un manojo de leña, porque no cortará a los hombres de la faz de la tierra, sino hasta que los haya amonestado y éstos puedan arrepentirse. Dios es “tardo para airarse”.

2. Además, nuestro Dios *es también muy tardo en advertir*. Si bien advierte antes de condenar, así y todo es lento en sus advertencias. Sus labios se mueven con ligereza cuando promete pero despacio cuando advierte o amenaza. El trueno retumba tardío, lento suenan los tambores del cielo cuando tocan la marcha fúnebre de los

pecadores; pero la música que proclama la gracia, el amor y la misericordia, tiene notas dulces y ligeras. Dios es tardo para airarse. Él no envió a Jonás a Nínive hasta que la ciudad se había convertido en un antro de inmundicia. No dijo a Sodoma que sería pasada por fuego, hasta que llegó a ser un centro de corrupción, detestable para el cielo y la tierra. Dios no inundó el mundo con el diluvio, ni aún amenazó con hacerlo, hasta el momento en que los pecadores hicieron alianzas prohibidas, llenaron la tierra de pecado y violencia, y se apartaron de Él. El Señor ni siquiera amenaza al pecador por medio de su conciencia, hasta que no ha pecado reiteradamente. Le amonestará una y otra vez, apremiándole para que se arrepienta, pero no hará que le salte a la vista el infierno con su increíble terror. Esperará a que una multitud irrefrenable de pecados hagan manifestar su ira. Él es lento aun para advertir o amenazar al pecador.

3. Pero, lo que es mejor aún, cuando Dios hace una advertencia, *¡qué lento es en sentenciar al culpable!* Una vez que le ha amonestado, diciéndole que a menos que se arrepienta recibirá el castigo, ¡cuánto tiempo le da para que se vuelva a Él! «Porque no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres» (Lm. 3:33). ¿Habéis meditado alguna vez en la escena del Jardín del Edén cuando el hombre cayó? Dios ya le había advertido a Adán que si pecaba, moriría. Adán pecó. ¿Se precipitó Dios en cumplir la sentencia? Dice Génesis 3:8 que Jehová «se paseaba en el huerto, al aire del día». Tal vez la fruta fue tomada temprano en la mañana, o al atardecer; pero Dios no se dio prisa en condenar. Esperó casi hasta la puesta de sol, y llegó luego el fresco del día. Se presentó ante Adán, en aquellos gloriosos días en que Dios caminaba con el hombre. Le veo caminar entre los árboles muy lentamente, su pecho palpitante y con lágrimas en su rostro por tener que condenar al hombre. Por último oigo la doliente voz: «¿Dónde estás tú?» (Gn. 3:9). ¿Dónde has caído?, pobre Adán. Has caído de mi favor; te has arrojado a ti mismo a la desnudez y al temor, pues estabas escondiéndote. Adán, ¿dónde estabas tú? Me das mu-



cha pena. Te creíste ser Dios. Antes de condenarte te daré una palabra de piedad. Adán, ¿dónde estás tú? Sí, el Señor fue lento en enojarse y en ejecutar la sentencia, aún cuando el mandamiento había sido quebrantado y la amenaza tuvo que ser pronunciada por necesidad. Algo similar sucedió con el diluvio. Amonestó a la tierra, pero no selló la sentencia hasta darle tiempo para el arrepentimiento. Durante ciento veinte años, Noé debía predicar la Palabra y testificar a la generación rebelde e impía. Noé tenía que construir el arca. Ésta sería como un sermón perpetuo. Debía de ponerse en lo alto de un monte, esperando la inundación para poder flotar, de manera que fuera vista en lo alto y constituyera una advertencia bien clara para los impíos. ¡Oh cielos!, ¿por qué no abristeis al instante tus fuentes de agua? Dios había dicho: «He aquí yo traigo un diluvio de aguas sobre la tierra». ¿Por qué las aguas no subieron de inmediato? «Porque», les oigo decir con un sonido de gorgoteo, «aunque Dios había hecho una advertencia, fue lento en ejecutarla, esperando que la gente se arrepintiera y se volviera de sus pecados».

Lo mismo sucedió con Sodoma. Aún cuando la sentencia contra el pecador es firmada y sellada por el sello celestial de la condenación, Dios es lento en llevarla a cabo. La condena de Sodoma está sellada; Jehová ha declarado que será quemada con fuego. Pero Dios es lento en ejecutar el juicio. Se detiene. Los ángeles descienden a Sodoma, y ven la iniquidad que corre por las calles como un río. Sus habitantes, peores que las bestias, asechan detrás de las puertas. ¿Ha levantado ya Dios sus manos, diciendo: «infiernos, lloved desde lo alto?». No, la gente sigue con su alboroto toda la noche. Espera hasta el último momento, y entonces cuando el sol se está levantando, ordena que llueva fuego y azufre. Dios no se apresuró a ejecutar su condena. Una vez hecha la advertencia de que iba a desarraigar a los cananitas; declaró que las ciudades de los hijos de Amón serían juzgadas con fuego, y a Abraham le prometió que le daría la tierra a su simiente para siempre. Sin embargo, Él hizo permanecer a los hijos

de Israel durante cuatrocientos años en Egipto, permitiendo a los cananitas vivir en los días de los patriarcas. Aún después, cuando guió a su pueblo fuera de Egipto, lo hizo peregrinar cuarenta años por el desierto, demorando aún más el juicio sobre los cananitas. Sin embargo, «Les daré un espacio», dijo Él. «Aunque he sellado su condenación, a pesar de que su sentencia de muerte ha venido directamente del trono del Rey y debe ser ejecutada, les daré un respiro, hasta que la misericordia haya alcanzado su límite». Él esperaría hasta que las cenizas de Jericó y la destrucción de Hai indicaran que la espada debía salir de su vaina. Entonces Dios despertaría como un hombre poderoso y fuerte, lleno de ira. Jehová es lento en ejecutar la sentencia, aún cuando ésta ya haya sido firmada.

4. ¡Ah, mis amigos!, un pensamiento funesto ha atravesado mi mente. Hay algunos hombres que todavía están vivos, y permanecen ahora bajo sentencia. Creo que la Escritura me lleva a una temible reflexión a la que quiero hacer alusión. Hay algunos hombres que están condenados antes de ser finalmente inculpados. Hay personas cuyos pecados van a juicio primero que ellos y son entregados a una conciencia cauterizada, preocupando a aquellos de quienes se dice que el arrepentimiento y la salvación son imposibles. Algunos pocos individuos en el mundo, son como aquel personaje en la novela de John Bunyan, que estaba dentro de una jaula de hierro y nunca pudo salir. Se asemejan a Esaú; no hallan lugar para el arrepentimiento, a pesar de que, contrariamente a él, no lo buscan porque, si lo hicieran, lo encontrarían. Existen muchos que han cometido el «pecado de muerte», por quienes no se puede orar, como vemos en 1 Juan 5:16b: «Hay pecado de muerte, por el cual yo no digo que se pida». Pero ¿por qué, por qué no están ya en las llamas del infierno? Si van a ser condenados, si la misericordia ha cerrado los ojos para siempre sobre ellos y nunca les extenderá su mano de ayuda, ¿por qué no son barridos y cortados de la tierra de una vez? Porque Dios ha establecido: «No tendré misericordia sobre ellos, pero les dejaré vivir un poco más



de tiempo, pues soy reacio a ejecutar la sentencia y los eximiré hasta que se cumplan los años que un hombre debe vivir. Les permitiré tener una larga vida aquí, pues tendrán una eternidad llena de ira y maldición para siempre». Sí, dejadles tener un poco de placer aquí, pues su fin será terrible». Pero que tengan cuidado, porque aunque Dios es lento para enojarse, cuando llega el momento lo hará. Si el Señor no fuera lento para la ira, ¿no habría ya fulminado nuestras ciudades, rompiéndolas en mil pedazos y barriéndolas de la faz de la tierra? Las iniquidades de estas ciudades son tan grandes, que si Dios las desarraigara y las tirara al mar, se lo merecerían. Por la noche, nuestras calles presentan un espectáculo de vicio que es difícil de igualar. Creo que no habrá sobre la tierra una nación que tenga una capital tan corrompida e inmoral como es nuestra ciudad de Londres. Señoras y señores; permitís que os digan ciertas cosas al oído, de las cuales vuestra modestia debería de avergonzarse. Hay espectáculos públicos vergonzosos. Ya es lo suficientemente malo que en *La Traviata* se oigan cosas acerca del sexo y diversas obscenidades; pero que las mujeres de las esferas de más alto refinamiento y mejor gusto, lo toleren y aprueben ya es intolerable. Caballeros de Inglaterra, dejáis que los pecados de los teatros de ambientes bajos de nuestro país escapen sin vuestra censura. La más baja bestialidad infernal de una casa de juegos y los teatros de la ópera, están casi al mismo nivel. Pensaba que con las pretensiones de piedad que tiene esta ciudad y las críticas que ha tenido de la prensa, (una prensa muy poco religiosa), no serían tan indulgentes con sus bajas pasiones. Pero, por haber dorado la píldora, ya habéis sorbido el veneno. ¡Vuestra conducta está llena de concupiscencias, es engañosa y abominable! Lleváis a vuestros hijos a escuchar lo que ni vosotros mismos deberíais haber escuchado. Os sentáis en medio de una compañía grande y alegre, a escuchar cosas de las cuales vuestra decencia debería revolverse. Aunque la marea de la impiedad os tenga por el momento engañados y engullidos, aún albergo un rayo de

esperanza. ¡Ah! sólo Dios sabe de la maldad secreta de esta gran ciudad. Se necesitaría una voz fuerte como una trompeta; un profeta que grite a gran voz: «Haced sonar la alarma, hacerla sonar en esta ciudad, porque el enemigo se ha agigantado sobre nosotros». El poder del maligno es enorme, y a menos que Dios ponga su mano y haga dar marcha atrás el torrente de perdición que baja por nuestras calles, vamos rápidamente camino de la perdición. Pero Dios es lento para airarse, y todavía no ha desenvainado su espada. La ira ha dicho ayer: «¡desenváinate, espada!», y la espada se ha sacudido en su vaina. Pero la misericordia puso su mano sobre la vaina y dijo: «Quédate quieta espada, ¡atrás! La ira ha dado un golpe con el pie contra el suelo, diciendo: ¡Despierta, despierta espada!». Cuando casi había sacado a relucir su filo, Misericordia volvió a decirle: «¡atrás, atrás!», y la aseguró en su envoltura. Allí duerme todavía, pues el Señor es «... Lento para la ira, y grande en misericordia» (Sal. 145:8).

5. Ahora voy a *explorar este atributo de Dios hasta su origen*, ¿por qué Él es lento para la ira? Lo es porque *Dios es infinitamente bueno*. Su nombre es bueno. Su naturaleza también lo es, porque Él es lento para la ira.

Repito, Dios es lento para la ira *porque Él es grandioso*. En general, los seres pequeños son rápidos para enojarse. El perrito malhumorado ladra a cada una de las persona que pasa frente a él. Pero el león y el búfalo están acostados, tranquilos en la hierba y son lentos para mostrar su fiereza. El Señor es lento para la ira, porque es grande en poder.

II. GRANDE EN PODER

Veamos ahora la relación del vínculo del que hablábamos anteriormente. Una poderosa razón por la cual Dios es lento para airarse es porque es *grande en poder*. Éste es un vínculo que conecta esta parte del tema y la última, por lo que ruego vuestra atención. Insisto: esta expresión, *grande en poder*, conecta la primera frase con la última, y lo hace de esta manera. El Señor es tardo para airarse, y lo es porque es grande en



poder. «¿Cómo dice usted eso?», me diréis. Pues porque el que es grande en poder, tiene poder sobre sí mismo, y el que puede mantener su temperamento bajo control y someter a su propia persona, es más grande que el que gobierna una ciudad, o conquista una nación. Ya hemos visto cómo Dios despliega su poder en el trueno que nos alarma y en el relámpago, cuya luz nos sobrecoge. Él abre las puertas del cielo y vemos su brillo cegador; y luego las vuelve a cerrar en un momento sobre la tierra polvorienta. Lo que nos parece tan impresionante no es sino una muestra del enorme poder que Él tiene sobre sí mismo. Cuando el poder de Dios hace que se restrinja a sí mismo, es verdadero poder; porque es el poder que controla al mismo poder, el poder que ata a la omnipotencia. Es, sin duda, un poder excelente. Dios es grande en poder y por tanto, puede guardar el enojo. Un hombre con una mente fuerte puede soportar que lo insulten y cargar con varias ofensas, porque es fuerte. La mente débil salta y se enoja a la menor provocación. La mente fuerte lo sobrelleva todo como una roca; no se mueve aunque reciba mil golpes. Dios marca a sus enemigos y sin embargo no se mueve. Se queda quieto y deja que le maldigan sin montar en cólera. Si Dios fuera menos de lo que es y tuviera menos poder del que le conocemos, habría enviado todos sus rayos y truenos sobre la tierra hasta vaciar los depósitos de los cielos. Las potentes minas de energía y combustible que Él ha puesto dentro del subsuelo terrestre, harían explotar el planeta en miles de estallidos. Todos nosotros volaríamos por los aires; seríamos consumidos y al final destruidos. Bendecimos a Dios que la grandeza de su poder es justamente nuestra protección; él es tardo en airarse porque es grande en poder.

Ahora no tendré dificultad en demostraros cómo este vínculo se une a sí mismo con la próxima parte del texto. «Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y no tendrá por inocente al culpable» (Nah. 1:3). Esto no necesita ser demostrado por medio de palabras, no tengo más que tocar los sentimientos, y lo veréis. La grandeza de su poder es una seguridad, y una seguridad de

que Él no tendrá por inocente al culpable. ¿Quien de vosotros puede mirar una tormenta como la que tuvimos el viernes pasado sin que los pensamientos sobre vuestros pecados se revolvieran en vuestro seno? Cuando brilla el sol y el tiempo está bueno, los hombres no piensan en Dios como el sancionador, o en Jehová como el vengador. Sin embargo, en días de gran tempestad, ¿quién de nosotros no palidece de miedo? Sin embargo, ocurre que algunos creyentes muchas veces se regocijan en estas tormentas y dicen: «mi alma está en paz en medio de este espectáculo de la tierra y el cielo. Yo me regocijo en él. Es un gran día en la casa de mi Padre, un día en que hay gran fiesta en los cielos».

«El Dios que reina en las alturas,
y lanza los truenos cuando le place,
que cabalga sobre los cielos
tormentosos,
y gobierna los mares,
Este terrible Dios es nuestro,
nuestro Padre y nuestro amor,
Él hará descender sus poderes
celestiales,
para llevarnos a Él.

Pero el hombre que no tiene una buena conciencia estará alarmado hasta cuando las maderas de su casa crujan. Los fundamentos de la tierra parecen gemir. ¡Ah!, ¿quién es el que no tiembla? Sus árboles están desgajados por el medio. Un rayo ha abierto sus troncos y allí yacen malditos para siempre, una muestra de lo que Dios puede hacer. ¿Quién estuvo allí y los vio? ¿Fue un blasfemo? ¿Blasfemó allí mismo? ¿Era alguien que quebrantó el día de reposo? ¿Era un arrogante? ¿Despreció a Dios? ¡Oh, cómo se sacudía entonces y temblaba! ¿No habéis visto sus pelos de punta? ¿No se palidiecieron al instante sus mejillas? ¿No cerró sus ojos y caminó horrorizado hacia atrás al ver ese terrible espectáculo; temiendo que Dios hiciese lo mismo con él? Sí amigos, cuando se ve el poder de Dios en la tempestad, ya sea en la tierra o en el mar, en el terremoto y en el huracán, es una prueba de que Él no dejará escapar a los malvados. Yo no sé cómo explicar esta clase de sentimiento, pero sin embargo es la



verdad. Los majestuosos despliegues de la omnipotencia, tienen un efecto convincente aún en la mente más dura. Dios, que es tan poderoso, «no tendrá por inocente al culpable». Amigos, así os he tratado de explicar y simplificar la función de este vínculo.

III. JUSTICIERO

El último atributo, y el más terrible, es que «no tendrá por inocente al culpable» (Nah. 1:3). En primer lugar, permitidme que desdoble estas palabras para daros una explicación más clara; y luego trataré ir a su origen como hice con el primer atributo.

Dios «no tendrá por inocente al culpable». ¿Cómo puedo probar ésto? Lo haré de la siguiente manera: El Señor nunca ha perdonado un pecado que quedara sin castigo. A través de todos los siglos de la historia, Dios nunca ha borrado un pecado sin que éste haya recibido primero su castigo. ¿Qué? preguntaréis vosotros, ¿las personas que están ya en el cielo no han sido perdonadas? ¿O no hay muchos transgresores perdonados, que han escapado sin castigo? Él ha dicho: «Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados» (Is. 44:22).

1. Sí, es muy cierto, y mi aseveración también lo es; ni uno solo de esos pecados que han sido perdonados quedaron sin castigo. ¿Me preguntáis cómo y por qué algo así puede ser verdad? Os señalo a la atroz escena del Calvario. El castigo que no cayó sobre el pecado perdonado, cayó allí. La nube de justicia fue cargada con fiero granizo. El pecador lo merecía; descendió sobre él, pero, por todas estas cosas, cayó y consumió su furia; cayó allí, en la gran reserva de miseria; y cayó en el corazón del Salvador. Las plagas, los azotes, que deberían caer sobre nuestra ingratitud, no cayeron sobre nosotros, sino en algún otro lugar, y ¿quién fue el que las recibió? Dime Getsemaní; ¡Oh dime cumbre del Calvario!, ¿quién fue azotado?. La doliente respuesta llega; «Eli, Eli, ¿lama sabactani?» (Mat. 27:46). «Dios mío, Dios mío, por qué me has desamparado?» Es Jesús, sufriendo todos los castigos del pecado. La transgresión es perdonada, Aunque el pecador es liberado.

2. Pero, diréis vosotros, esta no es una prueba muy definitiva de que «no tendrá por inocente al culpable». Yo sostengo que sí lo es, y de una forma muy clara. Pero, ¿queréis una prueba más convincente de que Dios no tendrá por inocente al culpable? Entonces, necesito guiaros a través de una larga lista de terribles maravillas que Dios ha escrito; las maravillas de su venganza. ¿Debo mostraros el Edén arruinado? ¿Queréis que os permita ver a un mundo ahogado y los monstruos marinos saltando en la inundación y metiéndose en los palacios de los reyes? ¿O tal vez deberíais escuchar el grito final del último hombre que se está ahogando en el diluvio, después de haber sido barrido por una enorme ola de un mar que no tiene orilla? ¿Queréis que os haga ver la muerte montando sobre la cresta de una ola, triunfando porque ha conseguido llevar a cabo su propósito. Todos los hombres han muerto, salvándose solamente aquellos que están en el arca? ¿Necesito mostraros a la ciudad de Sodoma, con sus habitantes aterrados, cuando el volcán de la poderosa ira derramó fuego y azufre sobre ella? ¿Queréis que os enseñe la tierra abriendo su boca y tragando a Coré, Datán y Abirán? ¿Necesito llevaros a las plagas de Egipto? ¿Debo de repetir el grito de muerte del Faraón, y cómo se ahogaban todas sus huestes? Seguramente, no necesitáis que os mencione las ciudades que están en ruinas o las naciones que han sido cortadas de la faz de la tierra en un día. Sabéis bien que Dios en su disgusto e ira, ha sacudido la tierra de un lado para el otro y ha derretido montañas. No, tenemos suficientes pruebas en la historia y en la Escritura, de que «Dios no tendrá por inocente al culpable». Sin embargo, si queréis la mejor de las pruebas, deberíais montar en las negras alas de una miserable imaginación, y volar más allá del mundo, al oscuro terreno del caos; lejos, muy lejos, donde las batallas de fuego están centellando con una luz hórrida. Debéis ir con la seguridad del espíritu, volando hasta encontrar al gusano que nunca muere, el abismo que no tiene fin, para ver el fuego que nunca se apaga y los gritos y gemidos de los hombres que se han alejado de Dios



para siempre. Si os fuera posible oír los gruñidos, los chillidos y quejidos de las almas allí torturadas, y luego volver a este mundo, petrificados de horror, entonces diríais, ciertamente «Dios no tendrá por inocente al culpable». ¿Sabéis una cosa? El infierno es el argumento del texto. Que nunca tengáis necesidad de probar el texto sintiendo en vosotros mismos el desdoblamiento de estas palabras: «Dios no tendrá por inocente al culpable».

3. Ahora, *llearemos este terrible atributo a su origen*. ¿Por qué lo hacemos? Repetimos; Dios no tendrá por inocente al culpable, *porque Él sea bueno*. ¿Qué? ¿Acaso la bondad de Dios demanda que los pecadores sean castigados? Así es. El Juez, porque ama a su nación, debe condenar al criminal. «No puedo dejarle ir libre y no debo hacerlo, porque si lo hiciera, usted saldría a matar a otras personas que pertenecen a este país. No puedo ni debo dejarle en libertad, he de condenarle desde la parte más sensible de mi naturaleza». La bondad de un rey demanda el castigo de aquellos que son culpables. En la legislatura no es malicioso hacer leyes severas contra los grandes pecadores, se hacen por amor hacia el resto de los hombres, pues el pecado debe ser refrenado. Las grandes compuertas, que contienen el torrente del pecado, están pintadas de negro, y parecen las horribles paredes de un calabozo. Me hacen estremecer en mi espíritu. Pero, ¿son acaso pruebas de que Dios no es bueno? No señores, si se pudieran abrir de par en par esas compuertas y dejar que el diluvio del pecado nos cubra, entonces los hombres gritarían: «¡Oh Dios, oh Dios!», cierra las puertas del castigo con sus goznes. ¡Cierra esas puertas para que este mundo no pueda ser nuevamente destruido por personas que se han convertido en seres peores que las bestias. Por causa de la bondad, es necesario que el pecado sea castigado. Misericordia, con sus ojos llorosos, (pues ella ha llorado por los pecadores), cuando ve que no se van a arrepentir, parece más severa que la Justicia en toda su majestad. Deja caer de su mano la bandera blanca y dice: «No, yo les llamé y rehusaron venir. Extendí mi mano, y nadie

la consideró. Dejados morir, dejados morir». Y esa terrible palabra que pronuncia Misericordia es un trueno más potente que la misma maldición de Justicia. ¡Oh, sí! la bondad de Dios demanda que si pecan, los hombres deben morir eternamente.

Además, *la justicia de Dios lo demanda*. Dios es infinitamente justo, y su justicia demanda que los hombres sean castigados, a menos que se vuelvan a Él con todo el propósito de su corazón. ¿Necesito pasar por todos los a tributos de Dios para probarlo? Creo que no será necesario. Todos nosotros debemos creer que el Dios que es tardo para la ira y grande en poder, está también seguro de que no considerará inocente al culpable. Y ahora un diálogo personal contigo, querido amigo. ¿Cuál es tu estado en esta mañana? Hombre o mujer que estás aquí; ¿cuál es tu estado? ¿Puedes mirar al cielo y decir: «Aunque he pecado en gran manera, sé que Cristo ha sido castigado en mi lugar».

«Mi fe mira atrás y ve
La carga que Él soportó
Cuando colgando de aquella cruz,
Mis pecados y mi culpa Él cargó».

¿Puedes tú, con una fe humilde, mirar a Jesús y decir: «mi sustituto, mi refugio, mi escudo; tú eres mi roca, mi confianza, en ti yo confío?». Entonces amado, no tengo nada que decirte, salvo esto: nunca tengas miedo al ver el poder de Dios, pues ahora estás perdonado y aceptado. Por medio de la fe has volado a Cristo como tu refugio. El poder de Dios no necesita aterrarte ya más, así como el escudo y la espada del guerrero no aterran a su mujer e hijo. «No, dice su mujer, ¿Es él fuerte? Lo es para mí. ¿En su brazo musculoso, y sus nervios rápidos y fuertes? Son rápidos y fuertes para mí. Mientras él viva, los extenderá sobre mi cabeza. Por cuanto su espada puede vencer a los enemigos, también puede vencer a los que están contra mí, y rescatarme». Estad gozosos y no tengáis miedo de su poder.

CONCLUSIÓN

Pero, ¿has acudido alguna vez a Cristo como refugio? ¿No crees en el Redentor? ¿Le has confiado alguna vez tu alma en sus



manos? Entonces, amigos míos, oídme, en el nombre de Dios, oídme solo un momento. Amigo mío, no estaría en tu posición siquiera por una hora. ¿Por qué mantienes esa posición? Has pecado, y Dios no te tendrá por inocente; por el contrario, te castigará. Ahora te está dejando vivir, pero estás reservado para la condenación. ¡Pobre de aquel que está reservado sin tener el perdón! Tu reserva pronto se acabará; tu reloj de arena se está vaciando cada día. En algunos de vosotros la muerte ya ha puesto su fría mano, y ha emblanquecido vuestros cabellos. Necesitas de un apoyo, de tu bastón, él es ahora la única barrera entre tú y la tumba. Y todos vosotros, ancianos y jóvenes, estáis en un estrecho trozo de tierra, el istmo de la vida, estrechándose cada vez más; y tú, tú, y tú estáis sin perdonar. Hay una ciudad que será saqueada, y tú te hallas dentro de ella. Los soldados se encuentran a las puertas, se da la voz de mando para que cada hombre que está en la ciudad se salve de la muerte dando la contraseña. «Dormid, dormid, hoy no será el ataque». «Pero será mañana, señor». «¡Ay!, dormid, dormid; no será sino hasta mañana; retrasadlo, retrasadlo». «Puedo oír el tambor a las puertas de la ciudad. El ariete se está acercando. Las puertas se están sacudiendo.» «Dormid, dormid, los soldados no han llegado aún a las puertas; seguid durmiendo, todavía no pidáis misericordia.» «¡Ay!, pero oigo el sonido del clarín. ¡Qué horror! los gritos desesperados de los hombres y las mujeres! Los están matando; caen, caen al suelo». «Duerme, duerme, todavía no están a tu puerta; pero, ¡cielos!, están a las puertas, con pasos lentos pero fuertes, oigo a los soldados marchar escaleras arriba». «No, puedes seguir durmiendo, aún no han llegado a tu habitación». «¡Pero mirad, han abierto la puerta de pronto. Es la puerta que os separa de ellos, y allí están!» «No, duerme todavía, duerme; la espada no está aún en tu cuello, duerme, duerme». Ahora sí, está en tu garganta, y la miras horrorizado. Duerme, duerme. ¡Pero te has ido! «Demonio, ¿por qué me dijiste que me quedara quieto? Hubiera sido conveniente escapar de la ciudad cuando las puertas eran sacu-

didadas por primera vez. ¿Por qué no pedí la palabra de contraseña antes de que entraran las tropas? ¿Y por qué no salí corriendo por las calles, y grité la contraseña cuando los soldados estaban allí? ¿Por qué me quedé hasta que la espada estuvo en mi garganta?» «Ay, demonio que eres, maldito seas; ¡pero yo estaré maldito junto contigo para siempre!». Sabéis la aplicación de este drama. Es una parábola que todos vosotros podéis exponer. No necesitáis que yo os diga que la muerte os sigue los pasos, que la justicia quiere devoraros, y que Cristo crucificado es la única contraseña que os puede salvar, pero que todavía no habéis aprendido. Para alguno de vosotros, la muerte se está acercando, acercando cada vez más, y está cerca de todos vosotros. No necesito exponeros y explicaros que Satanás es el demonio. ¡Cómo le maldeciréis a él y a vosotros mismos en el infierno por habernos retrasado! ¿Cómo, viendo que Dios era tardo para la ira, habéis sido vosotros tan tardos para el arrepentimiento? Dios es grande en poder, y Él no daba de inmediato salida a su ira. Por eso retrasasteis vuestros pasos y no le buscasteis; y ¡he aquí que estáis donde estáis!

Espíritu de Dios, ¡bendice estas palabras y hazlas llegar a las almas para que puedan ser salvas; que hoy mismo, algunos pecadores sean traídos a los pies del Salvador, y supliquen su misericordia! Te lo pedimos en el nombre de Jesús. Amén.

2. DIOS, QUIEN TODO LO VE

«El Seol y el Abadón están delante de Jehová; ¡cuanto más los corazones de los hombres!» (Proverbios 15:11).

INTRODUCCIÓN: La omnisciencia divina.

I. UN GRAN HECHO DECLARADO

1. Infierno o muerte.

- a) Dios sabe donde yacen sus hijos
- b) Dios conoce el destino de cada cual

2. Destrucción o infierno.

II. EL GRAN HECHO INFERIDO

1. ¿Por qué?



- a) Los corazones están abiertos ante Él
2. ¿Cómo conoce Dios el corazón?
 - a) Dios pruebe y examina
 3. ¿Qué?
 - a) Dios ve el corazón del hombre
 4. ¿Cuándo?
 - a) En todo momento y lugar

CONCLUSIÓN: Dios lo ve todo.

DIOS, QUIEN TODO LO VE

INTRODUCCIÓN

A menudo os habéis reído ante la ignorancia de los paganos que se inclinan delante de los dioses de madera y piedra. Tal vez citasteis las palabras de la Escritura: "Que tiene ojos y no ve, que tiene oídos y no oye" (Jer. 5:21). Por lo tanto, habéis testificado que no pueden ser dioses en absoluto, porque no ven ni oyen, ni hay en ellos una pizca de vida. No os imaginabais cómo esos hombres podían degradar su entendimiento haciendo de esas cosas objetos de adoración. ¿Puedo haceros solamente una pregunta? Vuestro Dios puede ver y oír, ¿sería vuestra conducta diferente en algún aspecto si tuvierais un Dios como los que adoran los paganos? Suponed por un minuto que Jehová, pudiera ser (aunque es casi blasfemo suponerlo) herido con ceguera, de modo que no viera las obras de los hombres ni conociera sus pensamientos. ¿No os volveríais más descuidados en vuestra conducta, de lo que sois ahora? En nueve de cada diez casos, y tal vez en una más grande y lamentable proporción, la doctrina de la Omnisciencia Divina, si bien es recibida y creída, no tiene efectos prácticos en nuestras vidas. La mayoría de la humanidad se olvida de Dios; hay naciones enteras que conocen su existencia y creen que Dios les ve, y sin embargo viven como si no lo tuvieran. Mercaderes, granjeros, dueños de tiendas, de campos, esposos con sus familias, esposas y amas de casa, viven como si Dios no existiera; como si no hubiera ningún ojo observándoles, ningún oído que oyera la voz de sus labios y ninguna mente eterna que atesorara la recolección de sus actos. ¡Ah,

somos ateos prácticos, pero aquellos de nosotros que nacimos de nuevo y hemos pasado de muerte a vida, no deberíamos serlo. Multitudes de hombres no serán nunca afectados por este cambio, seguirían viviendo de la misma manera que ahora con sus vidas tan vacías de Dios en sus caminos, que su ausencia no les afectará en ningún aspecto. Permitidme entonces, en esta mañana, con la ayuda de Dios, despertar vuestros corazones y que Él me asegure que mis palabras puedan quitar algún ateísmo práctico de entre vosotros. Trataré de presentaros a Dios como el que todo lo ve, y grabar en vuestras mentes el tremendo hecho de que siempre estamos siendo observados por el Todopoderoso.

En nuestro texto tenemos, primero de todo, un gran hecho declarado "El Seol y el Abadón están delante de Jehová" (Pr. 15:11). En segundo lugar, tenemos un gran hecho inferido «¡Cuánto más los corazones de los hombres!»

I. UN GRAN HECHO DECLARADO

Comenzaremos con el gran hecho declarado un hecho que nos provee con las premisas de donde deducimos la conclusión práctica de la segunda frase «¡Cuánto más los corazones de los hombres!» La mejor interpretación que le podéis dar a esas dos palabras infierno y destrucción, creo que está comprendida en una frase como esta: «La muerte y el infierno están delante del Señor». El estado separado de los espíritus que han partido, y la destrucción, Abadón, como lo dice en hebreo, el lugar de tormento, son ambos solemnemente misteriosos para nosotros, pero suficientemente manifiestos para Dios.

1. Primero pues, la palabra que aquí se traduce como infierno puede ser también ser traducida como muerte, o el estado de los espíritus que han partido. Ahora bien, la muerte, con todas sus solemnes consecuencias, es visible ante el Señor. Entre nosotros y el más allá de los espíritus que han partido, hay una gran nube negra. Aquí y allá, el Espíritu Santo ha hecho como si fueran grietas en la pared de separación, por medio de la cual podemos ver por la fe, que



Él nos ha revelado por medio del Espíritu, “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, y que están fuera del alcance del intelecto humano”. Sí, lo que sabemos es muy poco. Cuando los hombres mueren, su estado más allá del área de nuestro entendimiento; pero Dios entiende todos los secretos de la muerte. Vamos a dividir este tema en varios puntos y a numerarlos.

a) Dios sabe donde están enterrados los suyos. Él conoce también el lugar de reposo del hombre que es enterrado sin una tumba, como el que se levanta sobre él un enorme mausoleo. Él sabe del viajero que cayó muerto en el desierto, cuyo cuerpo es presa de los buitres, y cuyos huesos son blanqueados por el sol. También conoce al marino que naufragó lejos en el mar, y sobre cuyo cuerpo no se entonó ningún cántico fúnebre, excepto el ulular de los vientos y el murmullo de las olas. Los miles que han muerto en batallas, los que han muerto solos en medio de espesos bosques, de mares helados y tormentas de nieve; todos éstos y los lugares de sus sepulcros son conocidos por Dios. Esa gruta silenciosa dentro del mar donde las perlas yacen en su lecho profundo, y donde duerme el casco del barco hundido, está marcado por Dios como el lugar de reposo de uno de sus redimidos. Aquel sitio al costado de la montaña, un desfiladero profundo, en el cual el escalador cayó y fue sepultado por una tormenta de nieve, está marcado en la mente de Dios como la tumba de un integrante de la raza humana. Ningún cuerpo, ya sea que haya sido enterrado o no, está fuera del conocimiento de Dios. Bendito sea su nombre, si muero y caigo donde duermen los rudos antepasados de la aldea, en algún rincón oculto del cementerio de la Iglesia, seré reconocido por mi glorioso Padre. Para Él es lo mismo que si fuera enterrado en la catedral, donde los bosques de pilares góticos están erectos, y donde las alabanzas saludan perpetuamente a los cielos. Dios conocerá mi lugar como si hubiera sido enterrado con música sacra y sobria solemnidad. Dios no se olvida de los lugares donde yacen enterrados sus hijos. Moisés descansa en un lugar que ningún ojo humano ha visto.

Dios despidió su alma y le enterró Él mismo donde Israel nunca pudiera encontrarle. Pero Él sabe donde duerme Moisés, y sabe también donde están escondidos todos sus hijos. Vosotros no me podéis decir dónde está la tumba de Adán, ni tampoco el lugar donde reposa el cuerpo de Abel. ¿Hay algún hombre capaz de descubrir dónde está la tumba de Matusalén y esos longevos moradores de antes del diluvio? ¿Quién puede decirnos dónde reposa el cuerpo de José? ¿Puede alguno de vosotros descubrir las tumbas de los reyes o marcar el lugar exacto donde descansan en su solitaria grandeza David y Salomón? No, esas cosas están más allá del conocimiento humano. No sabemos donde está enterrado el personaje más grande y poderoso del pasado; pero Dios sí lo sabe, pues la muerte y el hades están abiertos ante Él.

b) Más aún; no solo Él sabe dónde están sus hijos enterrados, sino que conoce el destino y la historia de ellos después de la muerte o la sepultura. A menudo los infieles hacen esta pregunta: «¿Cómo puede ser restaurado el cuerpo de un ser humano cuando quizás haya sido comido por un caníbal o devorado por las bestias salvajes?» Nuestra sencilla respuesta es que si Dios quiere, puede hacer volver cada átomo a su lugar. No pensamos que para que haya resurrección es necesario que se produzca tal cosa, pero si Él quisiera, podría traer los átomos correspondientes a cada cuerpo que ha muerto, aunque hayan pasado por la más complicada maquinaria de la naturaleza y hayan experimentado cualquier clase de transformación. Aún así, Dios tiene el nivel de conocimiento más que suficiente para saber dónde está cada átomo, y dentro del poder de su omnipotencia le corresponde llamar a cada uno de ellos dónde estén y restaurarlos a su propia esfera, reconstruyendo el cuerpo del cual formaban parte. Nosotros no podemos seguir la trayectoria de aquello que se ha desintegrado. Enterrado con sumo cuidado, preservado con la más escrupulosa reverencia, los años han pasado y el cuerpo del monarca, que ha dormido bien guardado y protegido, es alcanzado al fin por el deterioro del tiempo. El



féretro se ha echado a perder y el metal se ha estropeado; sólo se descubrió un puñado de polvo, las últimas reliquias de alguien que fue gobernante de muchas naciones. El polvo fue tirado por las manos sacrílegas fuera de la Iglesia o en su cementerio, y barrido por los vientos en todas direcciones. Fue imposible preservarlo, pues el cuidado más esmerado no sirvió de nada. El monarca descendió a la tumba al mismo nivel junto con su esclavo, «igual para el ignorante que para el ignorado». Pero Dios sabe donde ha ido cada partícula del polvo. Él ha registrado en su libro el movimiento de cada uno de sus átomos. La muerte está tan abierta ante sus ojos, que puede traer los huesos y vestirlos con carne haciéndolos vivir otra vez. La muerte está abierta delante del Señor.

Como el cuerpo, también el alma cuando se separa de él está abierta ante el Señor. Miramos el rostro de nuestro amigo que se está muriendo, y un rápido y misterioso cambio se opera en su semblante. «Su alma ha volado», decimos. Pero, ¿tenemos idea de dónde está su alma? ¿Podemos hacerlos aunque sea una conjetura de cuál será el vuelo de esa alma, y ante quién tendrá que comparecer una vez desatada de su morada terrenal? ¿Es posible para nosotros adivinar cuál es ese estado donde los espíritus sin cuerpo, perpetuamente bendecidos, se presentan ante Dios? ¿Podemos tener idea de la ubicación del cielo, donde los cuerpos y las almas reunidos, disfrutarán ante el trono de Dios de la mayor felicidad?

Creo que nuestras concepciones, mientras estamos en el cuerpo, son tan crasas que es casi —si no imposible— para cualquiera de nosotros, formarnos una idea sobre la posición de las almas sin cuerpo, en el tiempo que va entre la hora de la muerte y su resurrección.

«Esto es todo lo que sabemos,
son sumamente benditos,
han terminado con el pecado,
los cuidados y los pesares,
y descansan para siempre con su
Salvador.»

El mejor de los santos no puede decirnos más que esto. Son benditos, y están reinando en el paraíso con su Señor. Her-

manos, estas cosas son conocidas para Dios. El estado separado de los muertos, el cielo poblado de espíritus liberados de los cuerpos, todo está dentro de la mirada del Altísimo. Él conoce la condición de cada hombre muerto ya sea que haya ascendido a morar por siempre en la luz del semblante de su Maestro, o haya sido sumergido en el infierno, arrastrado hacia abajo por cadenas de hierro para esperar el resultado del terrible juicio donde se oirá la frase: «Apartaos de mí, malditos». Dios sabe la sentencia de cada espíritu humano previa al día del juicio ante el gran tribunal antes de que la última frase haya sido pronunciada, la muerte está abierta ante el Señor.

2. La próxima palabra, destrucción, significa infierno, o el lugar de los condenados, el cual también está abierto delante del Señor. Dónde está el infierno, y cuáles son sus miserias, no lo sabemos, pues estamos mirando como a través de un cristal oscuro. Nunca hemos visto las cosas invisibles del horror. Esa tierra de terror es para nosotros desconocida. Tenemos muchas razones para agradecerle a Dios que la haya puesto tan lejos de los lugares habitables por los mortales vivos; para que los dolores, los gemidos, los gritos y los lamentos no se oigan desde aquí. De otro modo, la misma tierra se convertiría en un infierno, el soleado preludio del sumo tormento. En algún lugar desconocido, Dios ha puesto un terrible lago, que arde con fuego y azufre, dentro del cual son arrojados los ángeles rebeldes que llevan un infierno en su seno, y son atados con cadenas. Estos están reservados en la oscuridad para siempre. Son los que no mantuvieron su primer estado, sino que levantaron su brazo de rebelión contra Dios. No nos atrevemos mirar en ese lugar. Quizás no sería posible para cualquier hombre tener la más remota idea de los tormentos de los perdidos, sin volverse loco. La razón se aturdiría ante tal visión de horror. Un solo momento de escuchar los agudos chillidos de los espíritus atormentados, puede llevarnos para siempre a las profundidades de la desesperación y nos volveríamos, sin duda, lunáticos y locos perdidos. Pero mientras Dios en su misericordia encubre



estas cosas de nuestra vista, son todas conocidas por Él. Precisamente es su mirada lo que hace que el infierno sea lo que es. De sus ojos, llenos de furia, salen los rayos que fulminan a sus enemigos. Sus labios producen los truenos que ahora asustan a los malvados. ¡Oh, si pudieran escapar del ojo vigilante de Dios! Si pudieran eliminar la terrible visión del rostro de la incandescente Majestad de los cielos, entonces el infierno podría ser apagado, las ruedas de Ixion estarían quietas, y el condenado Tántalo apagaría su sed y comería hasta hartarse. Pero allí, mientras yacen aprisionados en sus cadenas, miran hacia arriba, y siempre ven la temible visión del Altísimo. Sus manos aprisionan los rayos, y sus labios hablan con truenos, los ojos avivan las llamas que quemar sus almas. Los horrores son más profundos que la misma desesperación. Sí, el infierno, horrible como es, velado por muchas nubes, y cubierto por la oscuridad, está desnudo ante la mirada del Altísimo.

He aquí la declaración del hecho principal «El Seol y el Abadón están delante de Jehová». Después de estas palabras, la inferencia parece ser fácil ¡Cuánto más los corazones de los hombres!

II. EL GRAN HECHO INFERIDO

Al entrar brevemente aquí, trataremos el siguiente tema. En nuestro versículo notáis una reflexión «¡Cuánto más los corazones de los hombres!» Por lo tanto comenzaré por preguntar ¿por qué lo que sigue dice que los corazones de los hombres están abiertos a la vista de Dios? Por qué, cómo, qué, cuando. Serán cuatro preguntas entre las cuales dividiremos lo que tenemos ahora para decir.

1. ¿Por qué está tan claro que si «El Seol y el Abadón están delante de Jehová», los corazones de los hombres deben estar abiertos ante Él?

Respondemos a esto, diciendo que los corazones de los hombres no son tan extensos como los reinos de la muerte y el tormento. ¿Qué es lo que hay en el corazón del hombre? ¿Qué hay dentro del «yo» del hombre? ¿No le compara la Escritura con una langosta? Dios toma las islas en sus manos

islas completas llenas de hombres como una cosa muy pequeña, y las naciones delante de Él son como una gota de agua en un cubo. El ojo de Dios que todo lo ve, capta en una sola mirada las vastas regiones de la tierra. Dios puede ver a través de la muerte y del infierno, con todas sus profundidades abismales y todo su contenido de miserias. Por lo tanto, es también capaz de contemplar todas las acciones del corazón del hombre. Suponed que hay un hombre tan sabio como para saber todas las necesidades de una nación y recordar los sentimientos de miríadas de hombres. No será, por tanto, difícil para él conocer las acciones de su propia familia y entender las emociones de los de su casa. Si el hombre es capaz de extender su brazo sobre una gran área y decir: «Soy el monarca de todo esto», seguramente podrá controlar lo que es menos. Él, que en su sabiduría puede caminar a través de los siglos, no será ignorante de la historia de un año. Dios puede excavar dentro de las profundidades de la ciencia, y entender la historia de todo el mundo desde su creación. Él no se va a ver alarmado por algún enigma que sucede en su misma puerta. No, el Dios que ve a través de la muerte y el infierno, ve también nuestros corazones. La muerte es un monarca antiguo, es el único rey cuya dinastía permanece inamovible. Desde los días de Adán, nunca ha sido sucedida por otro, ni nunca ha tenido una interrupción en su Reino. Su cetro de ébano negro ha barrido generación tras generación. Su guadaña ha arrasado cien veces los campos de esta tierra, y es tan afilada como para segarnos a nosotros también. Cuando nos suceda una próxima generación, estará listo para devorar las multitudes y barrer limpiamente la tierra otra vez. Las regiones de la muerte son dominios muy antiguos. La muerte ha hecho su presa sobre la tierra mucho antes de la aparición de Adán. Esas poderosas criaturas han revuelto la tierra con su pisoteo esos antiguos hijos de la naturaleza, que vivieron aquí mucho antes de que Adán caminara en el Edén. Como un poderoso cazador, la muerte hizo de ellos su presa, y ahora excavamos en la tumba de piedra y nos quedamos



mirando asombrados. Él es nuestro anciano monarca, pero anciano como es, todo su reinado está en los registros de Dios, y hasta que la muerte en sí esté acabada y sorbida en victoria, estará abierta delante del Señor. ¡Qué antiguo que es también el infierno!; tan viejo como el primer pecado. El infierno fue hecho aquel día en que Satanás tentó a los ángeles, y arrastró a la tercera parte de las estrellas del cielo. Entonces el abismo sin fondo fue cavado, para que permanezca como un maravilloso registro de lo que la ira de Dios puede hacer. El fuego del infierno no es la leña de ayer; son llamas antiguas que están ardiendo mucho antes de que el Vesubio lanzara sus coloridas llamas. Antes de que las primeras cenizas chamuscadas cayeran sobre los valles, provenientes de los volcanes rojos de la tierra, las llamas del infierno ya estaban ardiendo, pues «Tophet está preparado desde la antigüedad, la pila es de madera y mucho humo; el aliento del Señor como un torrente de fuego y azufre». Si la muerte y el infierno han sido observados por Él, y toda su historia es conocida por Él, ¡cuánto más la historia de esos seres efímeros a los que llamamos hombres! Hoy estáis aquí, y mañana habéis desaparecido; habéis nacido ayer y a la siguiente hora veréis preparada vuestra tumba. Al siguiente minuto oiréis, «las cenizas vuelven a las cenizas y el polvo al polvo», y la oscura nube cae sobre la tapa del ataúd. Somos las criaturas de un día, y no sabemos más. Pasamos brevemente por aquí, somos seres vivientes esperando la muerte. Apenas tenemos tiempo de narrar la historia, y ya llega a su fin. Seguramente, entonces, Dios puede entender fácilmente la historia de las monarquías de la muerte y el infierno.

Este es el porqué. No necesito daros más argumentos, si bien hay abundancia deducible de nuestro texto. «¡Cuánto más los corazones de los hombres!».

2. Pero ahora, ¿cómo conoce Dios el corazón? Quiero decir, ¿hasta qué grado y alcance Él entiende y conoce lo que está dentro del hombre? He aquí la respuesta. En diversos lugares, las Sagradas Escrituras nos dan una más precisa información. Dios conoce tan bien el corazón del hombre, que

se dice que puede explorarlo. Todos entendemos la figura de una exploración. Se organiza una búsqueda contra algún hombre que se supone que encubre a un traidor en su casa. El oficial va a las habitaciones de más abajo, abre la puerta de cada armario, mira en cada ropero, penetra dentro de cada grieta, toma las llaves, desciende hasta el sótano, da vuelta los carbones y mueve la madera, para que no haya nadie escondido allí. Se dirige hacia arriba; allí hay un viejo cuarto que no ha sido abierto durante años y ahora se abre. Se ve un enorme escritorio; la cerradura está forzada y rota. Se ha inspeccionado la parte alta de la casa, para evitar que alguien se esconda bajo el techo de pizarra. Por último, cuando la búsqueda ha sido completa, el oficial dice: «Es imposible que pueda haber alguien aquí, pues desde las tejas hasta los cimientos, he revisado toda la estructura de la casa; conozco hasta las mismas arañas, pues he visto la casa de principio a fin». Esta es la forma en que Dios conoce nuestros corazones. Él busca en cada rincón, escondrijo, grieta y lugar secreto, y su figura se proyecta aún más lejos. La luz del Señor ilumina los lugares más recónditos. Si lo que buscamos es alguna pequeña moneda que se nos perdió, encendemos una luz y barremos la casa hasta que la encontramos. Así también sucede con Dios. Busca y saca cada cosa a la luz del sol. No es una búsqueda parcial, como la de Labán, cuando fue a la tienda de Raquel a buscar los ídolos. Raquel los puso en la montura del camello y se sentó sobre ellos, pero Dios busca también en la montura del camello y en todo otro lugar. ¿Puede alguien esconderse del Señor, de modo que Él no le vea? Sus ojos buscan en el corazón, en cada parte de él.

a) Lo que el Señor hace es más que buscar, Él prueba y examina. Cuando el obrero que trabaja el metal toma en sus manos el oro, lo mira y lo examina cuidadosamente, pero antes de trabajar con él, tiene que probarlo. Entonces lo pone al fuego, donde se funde, hasta ver cuánto hay de escoria y cuánto de verdadero oro. Dios sabe los quilates de oro que hay en nosotros y también la escoria o desecho. Es imposi-



ble engañar al Señor. Él ha puesto nuestros corazones en el horno de la omnisciencia. El horno de su conocimiento nos prueba como el metalúrgico que trabaja con el oro. Ve cuánto hay de hipocresía, cuánto de verdad, cuánto de falso y cuánto de verdadero, cuánto de ignorancia y cuánto de conocimiento, cuánto de cuidado y cuánto de descuido. Dios conoce los ingredientes del corazón, Él reduce el alma a sus metales prístinos, la divide en pedazos y analiza cada uno de ellos. Las Sagradas Escrituras nos dicen que Dios considera los corazones. La palabra latina que se usa para el verbo considerar, significa pesar. El Señor pesa nuestro corazón. Existe un antiguo cuadro en el que aparece una balanza, y en uno de sus platos hay un corazón. En el otro está la ley, la Biblia, para pesarlo. Esto es lo que hace Dios con los corazones de los hombres. A menudo son grandes, inflados, a punto de reventar, y la gente dice: «¡Qué gran corazón tiene este hombre!» Pero Dios no juzga por las apariencias el gran corazón de los hombres, Él los pesa. En un plato de la balanza pone el corazón y en el otro su Palabra. Él conoce su peso exacto; sabe si hay en él gracia, o simplemente apariencia. Él escudriña el corazón de toda manera posible, lo pone en el fuego y lo pesa en la balanza. ¡Que nunca pueda decir de nosotros que ha examinado nuestro corazón y lo ha encontrado lleno de vanidad! Dios puede concluir su veredicto diciendo: «Mene, mene, tekel Contó Dios tu Reino, y le ha puesto fin. Pesado has sido en la balanza, y fuiste hallado falto». Ésta es, pues la respuesta a la pregunta ¿cómo?

3. La siguiente pregunta es ¿qué? ¿Qué es lo que Dios ve en el corazón del hombre? Ciertamente ve mucho más de lo que podemos imaginar. Dios ve la concupiscencia, la blasfemia, el crimen, el adulterio, la malicia, la ira y la falta de caridad. El corazón nunca puede pintarse demasiado negro, a menos que imaginemos algo más negro que el diablo. Tú nunca has cometido un crimen, pero quizás sí ha sucedido en tu corazón. ¿Has imaginado alguna vez algo malo? ¿Nunca se ha regocijado tu alma en alguna cosa que no quisiste permitir, pero que por

un momento lo dejaste entrar en tu mente con algo de complacencia y deleite? ¿No ha pintado la imaginación, aún al monje solitario en su celda, grandes vicios que los hombres en su vida pública nunca han soñado? Y algunos de nosotros, ¿no somos conscientes de que las blasfemias, crímenes, y concupiscencias de las más viles hallan sitio aun en un corazón que ha sido dedicado a Dios? ¡Oh, amados!, es una visión que ningún ojo humano podría soportar: la visión de un corazón desnudo ante la inspección de Dios. Él ve el corazón en toda su sensualidad bestial, en todos sus desvaríos y rebeliones, en todo su orgullo y su pecado. Dios nos ha examinado y lo sabe todo.

Dios ve todas las imaginaciones del corazón, y no queremos saber cuáles son. ¡Oh, hijos de Dios!, éstas os han hecho gemir y llorar muchas veces, y aunque el mundo no llora sobre ellas, vosotros sí lo habéis hecho.

a) Dios también ve los engaños del corazón. Tal vez tú, pecador, maldices a Dios. No es que lo hayas hecho, pero lo has intentado. Él conoce tus engaños puede leerlos. Tal vez no se te permitirá correr en el exceso de desenfreno en el cual te propusiste ir, pero tu propósito es ahora examinado por el Altísimo. Nunca un deseo se forja en los fuegos del corazón, sin antes ser golpeado en el yunque de la resolución. Nadie puede verlo ni conocerlo; sólo Jehová nuestro Dios.

Él conoce los propósitos del corazón. Él sabe, oh pecador, cuántas veces has decidido arrepentirte, pero has seguido siendo el mismo. Él también sabe que has estado enfermo, que has decidido buscar a Dios, pero una vez que la buena salud te ha puesto más allá del peligro temporal, has despreciado tu propia resolución. Tus propósitos han sido catalogados en el cielo, y junto con tus promesas rotas y tus votos anulados, serán traídos en su orden como veloces testigos para tu condenación. Todas estas cosas son conocidas por Dios. Incluso en el ministerio, hemos tenido pruebas muy claras de la sabiduría de Dios referente a lo que hay en el corazón del hombre. Hace algunos meses, mientras estaba aquí predi-



cando, deliberadamente señalé a un hombre en medio de la congregación, y dije esto: «Hay un hombre sentado allí que es zapatero. Tiene su tienda abierta el domingo. En ese día hizo un negocio por nueve peniques y le sobraron cuatro, o sea, que vendió su alma a Satanás por cuatro peniques. Un misionero urbano fue a cierta parte del pueblo y se encontró con un pobre hombre, a quien le hizo esta pregunta:

—¿Conoce usted al Sr. Spurgeon?

Le encontró leyendo un sermón.

—Sí —le respondió—, tengo toda la razón para conocerle, pues le he oído y bajo la gracia de Dios me he convertido en hombre nuevo. Pero —prosiguió— le diré cómo ocurrió. Fui al Music Hall y me senté en la parte media del auditorio. El hombre me miró como si me conociera de antes, y deliberadamente dijo a la congregación que yo era un zapatero y que vendía zapatos el domingo, y era cierto. Señor, eso no me hubiera importado, pero es que dijo que el domingo anterior, había hecho una venta por nueve peniques y me sobraron cuatro. Yo no lo había dicho a nadie, así que no entiendo cómo pudo saberlo. Sentí una sacudida, como si Dios hubiera hablado a mi alma a través de él. Entonces el domingo pasado cerré mi tienda. Tuve miedo de abrirla, no fuera que él volviera a referirse a mí y acertara otra vez.

Podría contaros cerca de una docena de auténticas historias de casos que han pasado en el Music Hall, donde deliberadamente señalé a una persona sin conocerla y acerté en lo que dije. La descripción ha sido tan vívida, que las personas que lo presenciaron bien podían haber dicho: «Venid, y ved a un hombre que me dijo lo que yo había hecho. Más allá de toda duda, fue enviado a mi alma por Dios, o de otra manera no hubiera podido pintar mi caso tan claramente».

Además, hemos conocido casos en los cuales los pensamientos del hombre han sido revelados desde el púlpito. A veces he visto personas dándose un codazo al haber oído algo que les toca de cerca, y al salir les he escuchado cómo decían:

—Eso es lo que te estaba diciendo cuando entramos.

—Ah —le ha contestado su compañero—, y yo estaba pensando en lo que dijo; para mí fue una verdadera reprensión.

Ahora, si Dios prueba su omnisciencia ayudando a su pobre e ignorante siervo, podemos afirmar que Él conoce todo lo que está en secreto, porque vemos que lo dice a los hombres, y capacita a éstos para que se lo digan a otros. ¡Oh, podéis tratar con todo vuestro ingenio de ocultar a Dios vuestras faltas, pero Él os descubrirá! Hoy mismo Él puede descubrirlos. Su Palabra discierne los pensamientos e intentos del corazón, y penetra hasta las coyunturas y la médula. En el último día, cuando sea abierto el libro, y Él dicte su sentencia a cada hombre, entonces se verá cuán exacto y precioso es el conocimiento de Dios del corazón de cada uno de los hombres que Él ha hecho.

4. Llegamos ahora a la última pregunta: ¿Cuándo? ¿Cuándo nos ve Dios? La respuesta es, en todo momento y en todo lugar. ¡Oh, hombre tonto, que piensas que puedes esconderte del Altísimo! Es de noche, ningún ojo humano puede ver, la cortina está bajada, y tú estás escondido, pero sus ojos te están examinando a través de la oscuridad. Supón que estas lejos, en un país desconocido, donde nadie te conoce y no tienes amigos ni parientes. Allí tu Padre está cerca de ti, y te está viendo ahora mismo. Eres una figura solitaria. Nadie puede decir si has hecho algo malo o no. Pero hay una lengua en el cielo que te lo dirá. Aún las piedras del campo se levantarán para testificar en tu contra. ¿Puedes esconderte en algún lugar donde Dios no pueda encontrarte? El mundo para Él es como una colmena de cristal donde podemos ver a todas las abejas ¿Y acaso no puede ver Dios todos nuestros movimientos cuando pensamos que estamos ocultos?

¡Oh, nuestro escondite es de vidrio! Dios mira desde el cielo, y puede ver a través de paredes de piedra. Su ojo penetra la oscuridad, y en las más densas tinieblas Él observa nuestros movimientos.

a) Venid, pues, y hagamos una aplicación personal del tema, y me consideraré satisfecho. Si esto es verdad, ¡qué tonto eres! ¡Oh, hombre, si Dios puede leer en tu



corazón, qué lamentable resulta tu intento de engaño! ¡Ah, qué cambios vendrán sobre algunos de vosotros! Este mundo es un carnaval, y muchos de vosotros usáis la máscara de la religión. Andáis todo el día ligeramente en vuestras frivolidades, y los hombres piensan que sois los santos de Dios. ¡Qué cambio experimentaréis cuando a las puertas de la eternidad tengáis que quitaros vuestros disfraces y todo el mundo pueda ver el teatro en el que habéis estado viviendo! Vuestras mejillas se enrojecerán cuando la pintura superficial desaparezca cuando estéis delante de Dios desnudos para vuestra propia vergüenza. Entonces se desvanecerán toda la hipocresía, suciedad y enfermedad cubierta con una simulada formalidad religiosa. Hay muchos hombres que tienen un cáncer espiritual, que sólo de verlo lo pone a uno enfermo. ¡Oh, cómo lucirán los hipócritas cuando sus corazones cancerosos sean desnudados! ¡Díacono!, ¡cómo temblarás cuando tu viejo corazón sea abierto y tus viles fingimientos queden al descubierto! ¡Ministro de Dios!, ¡qué negro parecerás cuando tu abrigo te sea quitada y tus grandes pretensiones sean echadas a los perros! ¡Cómo temblarás entonces! En aquel tiempo no podrás sermonear a nadie, sino que los sermones serán para ti y el texto clave: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles» (Mt. 25:41). ¡Oh hermanos, sobre todas las cosas huid de la hipocresía! Si aceptáis ser malditos, adaptad vuestra mente a ello; y sed malditos como hombres honestos, pero no pretendáis ir al cielo cuando durante todo el tiempo estáis caminando hacia el infierno. Si deseáis fijar vuestra residencia en los tormentos eternos, entonces servid al diablo no os avergoncéis de ello. Permanece firme y deja que el mundo sepa lo que eres, ¡pero nunca te pongas el disfraz de la religión! No agreguéis a vuestra miseria eterna, actuar como un lobo vestido de cordero. Muestra el pie peludo y no lo escondas. Si quieres ir al infierno, dilo. «Si Dios es Dios, sírvele. Si Baal es Dios, sírvele», pero no pretendas servir a Baal y simular que sirves a Dios.

CONCLUSIÓN

Una conclusión práctica para el final. Si Dios lo ve y lo sabe todo, ¡cómo debería esto hacernos temblar! ¡Tú que has vivido en pecado durante tantos años! He conocido a un hombre que no llevó a cabo el acto de pecado que estaba a punto de cometer, por haber un gato en la habitación en que se encontraba. No pudo soportar que los ojos de esa pobre criatura le miraran. ¡Oh!, ¿llevarás contigo la memoria de aquellos ojos que están siempre sobre ti? ¡Blasfemo, ladrón, borracho, prostituta!, ¿cómo podéis persistir en vuestros pecados cuando veis esos ojos sobre vosotros? ¡Oh, que ellos pudieran sobresaltarte y hacerte reaccionar antes de que puedas rebelarte ante Dios en contra de su ley. Hay una historia acerca de la Guerra de Secesión en América, que dice que uno de los prisioneros tomado por los americanos estaba sujeto a una tortura de carácter muy refinado. Así lo cuenta él:

—Fui puesto en un estrecho calabozo y se me proveyó de todo aquello que necesitaba, pero había un hueco redondo en la pared y tras él, día y noche, estaba un soldado mirándome. No podía descansar, no podía comer ni beber ni hacer nada, porque siempre tenía encima ese ojo que nunca se apartaba y nunca se cerraba; siempre siguiéndome por toda la pequeña celda. Nada ni nadie podía ocultarse de él.

Llevaos esa figura a casa. Recordad cuál es vuestra posición. Estáis encerrados entre las estrechas paredes del tiempo. Cuando coméis, o bebéis; cuando os levantáis y cuando os acostáis sobre vuestras camas; cuando camináis por las calles o cuando estáis sentados en vuestra casa, ese ojo está siempre fijo sobre vosotros. Si ahora os atrevéis, id a casa y pecad contra Dios, ¡quebrantad sus leyes en su mismo rostro, despreciadle y reducidle a cero! ¿Os daréis prisa en vuestra propia destrucción, arrojándoos contra su espada? No, antes «volveos, volveos de vuestros malos caminos, ¿por qué moriréis, oh casa de Israel?». Volveos, los que habéis seguido los caminos del pecado, volved a Cristo y viviréis, y entonces la misma omnisciencia que es ahora vuestro horror, será vuestro placer.



¡Pecador!, si ahora te pones a orar, Él te ve; y si te pones a llorar, también. “Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó” (Lc. 15:20). Así sucederá contigo, si ahora te vuelves a Dios y crees en su Hijo Jesucristo.

3. LA PATERNIDAD DE DIOS

«Vosotros pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre» (Mateo 6:9).

INTRODUCCIÓN: Carácter de la paternidad de Dios y el modelo del Padrenuestro.

I. LA DOBLE RELACIÓN

1. Relación de hijo.
2. Relación creatural y adoptiva.
3. Relación de amor.
4. Amor en reciprocidad.
5. El gran amor del Padre.
6. Todos los hijos son iguales.
7. Innumerables privilegios.

III. LA HERMANDAD CREADA POR LA PATERNIDAD DIVINA

1. Espíritu de adopción.
2. Adopción por medio de Cristo.

III. UN DOBLE ARGUMENTO

1. Acceso confiado al Padre.
2. Seguridad de ser oído.

CONCLUSIÓN: Volver a la casa del Padre.

LA PATERNIDAD DE DIOS

INTRODUCCIÓN

Cuando pensamos si el Salvador quiso que la oración de la cual forma parte nuestro texto, fuera usada en la forma que lo es entre los que profesan ser cristianos, pienso que hay lugar para que se levanten unas cuantas dudas. La costumbre de muchas personas es repetir esta oración como su oración para empezar el día, y piensan que cuando han repetido estas palabras sagradas, ya han hecho lo suficiente. Personal-

mente, creo que esta oración no fue enseñada para que tuviese un uso universal. El Señor Jesucristo no la enseñó a todos los hombres, sino a sus discípulos, y es una oración adaptada solamente a aquellos que son poseedores de la gracia y que verdaderamente están convertidos. En los labios de un hombre impío está totalmente fuera de lugar. La Escritura dice: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer» (Jn. 8:44). ¿Por qué entonces, os burláis de Dios diciendo: «Padre nuestro que estás en los cielos»? Pues, ¿cómo puede Él ser vuestro Padre? ¿Es que acaso tenéis dos Padres? Y si Él fuera vuestro Padre, ¿dónde estarían su honor, y su amor? Vosotros no honráis ni amáis a Dios, y aún así presuntuosamente os acercáis a Él con blasfemias y decís «Padre nuestro», cuando vuestro corazón está aún adherido al pecado y vuestra vida opuesta a su ley. Así no hacéis más que probar que sois hijos de ira y no herederos de la gracia. ¡Oh, os ruego que dejéis de usar estas palabras de manera sacrílega hasta que podáis decir sinceramente, «Padre nuestro que estás en los cielos», y en vuestras vidas busquéis honrar su santo nombre. No ofrezcáis a Dios el lenguaje de los hipócritas, pues le es abominación.

También me pregunto si el Padrenuestro fue hecho para ser usado por los propios discípulos de Cristo como una forma constante de oración. Me parece que que el Señor Jesucristo la dio como un modelo, basados en el cual hemos de hacer todas nuestras oraciones. Creo que podemos usarla para la edificación, y con gran fervor y sinceridad, en ciertas épocas y ciertas ocasiones. Cierta vez vi a un arquitecto dar forma a un modelo de edificio en yeso, pero ese modelo no fue hecho para que alguien viviera dentro. También he visto a un artista dibujar en un papel de plano, un diseño que más adelante proyectaría de una forma más elegante, pero el diseño en sí no era el proyecto acabado. Esta oración de Cristo es como un mapa, pero no puedo cruzar el mar en un mapa. Además, el hombre no se convierte en un viajero porque ponga sus dedos sobre él. De igual manera, un hombre



puede usar esta forma de oración, y ser un extraño en el gran diseño que Cristo está enseñando a sus discípulos. Siento que no puedo usar esta oración para la omisión de otras. Grandiosa como es, no expresa todo lo que yo deseo decirle a mi Padre que está en los cielos. Hay muchos pecados que debo confesar de forma separada, y las otras peticiones que contiene esta oración, requieren a mi juicio ser expuestas ante Dios en mi oración privada. Yo debo derramar mi corazón en el lenguaje que su Espíritu me da, y aún más, debo confiar en el Espíritu para que Él traduzca los impronunciados gemidos de mi espíritu, cuando mis labios no pueden expresar realmente todas las emociones de mi corazón. Que nadie menosprecie esta oración; es incomparable, y si hemos de tener distintas formas de oración, tengamos esta como la primera y principal, pero que nadie piense que Cristo ha querido atar a sus discípulos al uso único y constante del Padrenuestro. Mas bien acerquémonos al trono de la gracia celestial con arrojo y resolución, como hijos que vienen a su padre, y digámosle nuestras penas y nuestros deseos en el lenguaje que el Espíritu Santo nos enseñe.

I. LA DOBLE RELACIÓN IMPLICADA EN EL TEXTO

Ahora, viniendo al texto, hay varias cosas que iremos notando. En primer lugar, debo de quedarme algunos minutos hablando sobre la doble relación que aquí se menciona. «Padre nuestro que estás en los cielos». Aquí hay una relación de hijo «Padre», y si fuera el padre normal que tenemos todos nosotros, entonces seríamos hermanos, pues hay dos clases de relación, la de hijo y la de hermano. En segundo lugar, diré unas palabras sobre el espíritu que se necesita para ayudarnos antes de que seamos capaces de decir esto: «El Espíritu de adopción», por medio del cual podemos exclamar, «Padre nuestro que estás en los cielos». En tercer lugar, concluiré con el doble argumento del texto, pues es realmente un argumento sobre el cual está basado el resto de esta oración. Las palabras «Padre nuestro que estás en los cielos», son un

fuerte argumento usado ante la súplica que aquí se presenta.

1. Tomemos la primera. *Aquí hay una relación de hijo* «Padre nuestro que estás en los cielos». ¿Cómo hemos de entender esto, y en qué sentido somos los hijos e hijas de Dios? Algunos dicen que la paternidad de Dios es universal, y que cada hombre, por haber sido creado por Dios, es necesariamente su hijo. Si fuera así, cada hombre tendría el derecho de presentarse ante el trono de Dios y decir: «Padre nuestro que estás en los cielos». Debo de objetar sobre este pensamiento. Creo que en esta oración hemos de acercarnos a Dios, mirándole a Él no como nuestro Padre por medio de la creación, sino como nuestro Padre por medio de la adopción y el nuevo nacimiento. Presentaré brevemente mis razones por las cuales sostengo esta posición.

2. Nunca he podido concebir que la creación implique necesariamente la paternidad de Dios. Él ha hecho muchas otras cosas que no son sus hijos. ¿Acaso no ha creado los cielos, la tierra, el mar y todo lo que en ellos hay? ¿Son todo ello sus hijos? Vosotros me diréis que éstos no son seres racionales e inteligentes; pero Él también hizo los ángeles, que están en una posición eminente y elevada, y sin embargo no son sus hijos. En Hebreos 1:5 leemos así: «Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: mi Hijo eres tú». Yo no veo por ninguna parte que los ángeles sean llamados hijos de Dios, por lo tanto debo poner reparos a la idea de que la mera creación hace que Dios sea el Padre de todos. ¿No hace el alfarero vasos de arcilla? Pero, ¿acaso es el alfarero el padre de la vasija? No, amados míos, para constituir esta relación se necesita algo más que la creación, y esos que pueden decir «Padre nuestro que estás en los cielos» son algo más que criaturas de Dios: han sido adoptados en su familia. Él les ha sacado de la familia carnal en la que habían nacido, los ha lavado y limpiado, y les ha dado un nuevo nombre y un nuevo espíritu, haciéndoles «herederos de Dios y coherederos con Cristo» (Ro. 8:17), y todo esto de su propia gracia soberana, libre, inmerecida y distinguida.



Habiéndoles adoptado para ser sus hijos, en segundo lugar Él los ha regenerado por medio del Espíritu del Dios viviente. Él, «según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos» (1 P. 1:3). Por lo tanto, ningún hombre tiene derecho a llamar a Dios «Padre», a menos que crea solemnemente por la fe en la elección de Dios, y esté seguro de que ha sido adoptado en su familia y que es regenerado o nacido de nuevo.

3. Esta relación también involucra el amor. Si Dios es mi Padre, Él me ama. Y, ¡oh, cómo me ama! Cuando Dios es Marido, es el mejor de los maridos, y de una u otra manera, siempre cuida y asiste a las viudas. Cuando Dios es Amigo, es el mejor de los amigos, y más cercano que un hermano; y cuando es Padre es el mejor de los padres. ¡Oh padres! Tal vez vosotros no sabéis bien si amáis a vuestros hijos. Cuando están enfermos os buscan y os encuentran, pues estáis cerca de sus camas. Bien, en el Salmo 103:13 leemos lo siguiente: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen». Sabéis que también amáis a vuestros hijos aún cuando os disgustan por sus pecados. Os enojáis y pensáis en castigarles, pero tan pronto como las lágrimas están en sus ojos, desearíais haberos castigado a vosotros mismos antes que a ellos. Y Dios nuestro Padre, según nos dice Lamentaciones 3:33, «no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres». A veces Dios está obligado a disciplinarnos, y si bien no lo desea, es solamente en su gran amor y su profunda sabiduría que aplica el castigo. Pero si queréis medir el amor que tenéis para con vuestros hijos, lo sabréis si ellos mueren. David sabía que amaba a su hijo Absalón, pero nunca supo cuánto le amaba, hasta que supo que había sido muerto, y enterrado por Joab. «Estimada es a los ojos de Jehová la muerte de sus santos» (Sal. 116:15). Él sabe cuán profundo y puro es ese amor que ni la muerte puede destruir. Pero padres, aunque améis mucho a vuestros hijos no podéis saber cuán profundo es el inmensurable abismo del amor de Dios

para con vosotros. Salid afuera en la medianoche y considerad los cielos, la obra de las manos de Dios, la luna y las estrellas que él ha creado, y estoy seguro que diréis: «¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?» (He. 2:6). Pero, más que todo, os maravillaréis de que mientras que Él es dueño de todos estos tesoros, ponga su corazón sobre una criatura tan insignificante como el hombre. La relación de hijos que Dios nos ha dado, implica todo el gran amor del corazón de nuestro Padre, el cual nos lo da en el momento en que nos declara sus hijos.

4. Ahora bien, si esta relación de hijos implica el amor de Dios hacia nosotros, comprende también nuestro deber de amar a Dios. ¡Oh, heredero del cielo, si eres hijo de Dios, ¿no amarás a tu Padre? ¿Qué hijo es aquel que no ama a su padre? Aquel que no ama a su padre que le engendró y a su madre que le trajo al mundo, merece ser borrado del libro de las memorias. Nosotros, los escogidos favoritos del cielo, adoptados y regenerados, ¿no le hemos de amar? Para Él son las palabras del Salmo 73:25: «¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra». Aún más, si decimos, «Padre nuestro que estás en los cielos», debemos recordar que el hecho de que seamos sus hijos involucra el deber de la obediencia a Dios. Cuando digo «mi Padre», se sobrentiende que no voy a levantarme en rebelión en contra de lo que Él quiere. Si Él es mi Padre, he de tener en cuenta sus mandamientos y obedecerle con amor. Si me dice, «haz esto», debo hacerlo, no porque le tema, sino porque le amo; y si me prohíbe hacer cualquier cosa, debo evitarla a toda costa. En el mundo hay algunas personas que no tienen el espíritu de adopción, y no pueden hacer algo a menos que vean en ello una ventaja para sí. Sin embargo, el hijo de Dios puede asegurar que nunca ha hecho una cosa buena porque creyera que va a llevarle al cielo, ni nunca ha evitado algo malo por el temor a ser maldecido. Todo creyente sabe bien que no son sus buenas obras lo que lo hacen aceptable a los ojos de Dios, pues ya lo ha sido mucho antes de que pudiera hacer ninguna buena obra. Tampoco le afecta el miedo al



infierno, porque sabe que ha sido librado de él, y que no vendrá a condenación, pues ha pasado de muerte a vida. Él actúa desde su puro amor y gratitud, y mientras no lleguemos a ese estado de mente, no existe ninguna virtud, pues si un hombre ha hecho una acción virtuosa porque por medio de ella piensa alcanzar el cielo o librarse del infierno, ¿a quién ha servido? ¿No se ha servido a sí mismo? ¿No es esto puro egoísmo? Pero el hombre que no tiene un infierno que temer, ni un cielo para ganar, porque ya es suyo, puede decir

«Por el amor con que llevo su nombre,
cuento como pérdida lo que fue mi ganancia,
derramo desprecio sobre mi vergüenza,
y mi gloria clavo en su cruz».

Él me amó cuando yo no le amaba y vivió y murió por mí, por lo tanto ahora yo deseo amarle con todo mi corazón, toda mi alma y todas mis fuerzas.

5. Ahora permitidme atraer vuestra atención a un pensamiento alentador que puede ayudar al hijo de Dios decaído y tentado por Satanás. La relación de hijo es algo a lo que todas las enfermedades de nuestra carne, y todos nuestros pecados no pueden nunca violar o debilitar. Suponed que alguien tiene un hijo, y que por cierto accidente se convierte en un niño subnormal. ¡Qué pena para el padre!, pues su hijo existe meramente como un vegetal. Sin embargo, sigue siendo su hijo, y si nosotros tuviéramos hijos así, serían nuestros y toda su subnormalidad no podría nunca anular ese hecho. ¡Qué misericordia cuando transferimos este hecho a nuestra relación con Dios! ¡Qué tontos somos a veces, y aún más que tontos! Podemos decir como dijo David, «era como una bestia delante de ti» (Sal. 73:22). Dios trae ante nosotros las verdades de su Reino. No podemos ver su belleza, ni podemos apreciarla, es como si fuéramos dementes, ignorantes, inestables, e ineptos. Pero gracias a Dios, ¡aún somos sus hijos!, y si hay algo peor para un padre que tener un hijo incapaz mental, es que cuando crezca ande en los caminos del mal. Bien se ha dicho:

«Los hijos son una bendición dudosa». Recuerdo que alguien se dirigió a una madre con un bebé tomando el pecho, diciéndole: «¡Mujer, usted puede estar alimentando a una víbora!». Esto hirió profundamente a esa madre, y no era necesario haberlo dicho, pero cuántas veces sucede que el niño a quien su madre está amamantando, cuando crece llega a ser el causante de sus penas y su vergüenza.

«Oh, más afilado que los colmillos de una víbora,
es tener un hijo desagradecido.»

Pero notad, hermanos, un hijo no puede perder su relación como tal, ni nosotros nuestra paternidad, sea lo que sea él o nosotros. Llévadle al otro extremo del mar y seguirá siendo vuestro hijo, echadle de la casa por si su mala influencia corrompe a los demás, pero aún será hijo vuestro. La relación no puede romperse ni por el tiempo ni por ninguna circunstancia. El hijo pródigo era el hijo de su padre cuando estaba entre las prostitutas y daba de comer a los cerdos, y los hijos de Dios son hijos de Dios de cualquier modo y en todo lugar, y lo serán hasta el fin. Nada puede nunca romper ese lazo sagrado ni quitarnos de su corazón.

6. Pero hay otro pensamiento que puede alegrar a los que tienen una fe endeble o una mente débil. La paternidad de Dios es común a todos sus hijos. ¡Ah, creyentes de poca fe!, a menudo habéis deseado desenvainar vuestra espada y luchar contra dragones y leones. En cambio, tropezáis con cada piedra y aún una sombra os asusta. Creyente de poca fe, escucha. Eres un hijo de Dios, y el creyente valiente y bravío no lo es más que tú. David era hijo de Dios, pero no más que tú o yo. Pedro y Pablo, los tan favorecidos apóstoles, pertenecían como tú a la familia del Altísimo. Vosotros tenéis hijos. Tal vez uno de ellos vaya a la universidad y otro, más pequeño, aún esté en los brazos de su madre. ¿Cuál es más hijo vuestro, el mayor o el más pequeño? «Ambos» —me contestaréis con razón—. Tanto el grande como el pequeño son vuestros hijos. Lo mismo sucede con el cristiano; el más pequeño es tan hijo de Dios como el más grande.



«Aunque se caigan los pilares de la tierra,
este pacto es seguro;
el fuerte, el débil y el flaco,
son uno en Cristo Jesús».

Todos son de la familia de Dios y ninguno está por delante del otro. Es posible que uno tenga más gracia que su hermano, pero Dios no ama a uno más que a otro. Uno puede hacer obras más poderosas y traer más gloria a su Padre, pero aquel cuyo nombre es el último en el Reino de los cielos, es tan hijo de Dios como el que figura entre los hombres poderosos del rey. Permítanos que esta verdad nos alegre y nos conforte, y que cuando nos acerquemos a Dios podamos decir con toda confianza, «Padre nuestro que estás en los cielos».

7. Haré un último énfasis antes de dejar este punto que el ser hijos de Dios nos acarrea innumerables privilegios. El tiempo me falta para enumerar los grandes privilegios del cristiano. Soy un hijo de Dios. Si es así, Él me vestirá, mi calzado será de hierro y bronce; Él me ha de ataviar con las vestiduras de justicia de mi Salvador, pues ha dicho: «Sacad el mejor vestido, y vestidle» (Lc. 15:22); y también me prometió poner una corona de oro puro sobre mi cabeza. En tanto sea un hijo del rey, tendré una corona real. ¿Soy un hijo suyo? Si es así, Él me alimentará; mi pan me será dado y mis aguas serán seguras. Aquel que alimenta a las aves nunca deja que sus hijos pasen hambre. Si un buen granjero alimenta a sus animales, ciertamente sus hijos no morirán de inanición. Si mi Padre celestial viste al lirio del campo, yo no andaré desnudo. Si alimenta a los cuervos que no plantan ni cosechan, yo no he de pasar ninguna necesidad. Mi Padre sabe de qué cosas tengo menester antes de que le pida, y me dará todo lo que necesite. Si soy su hijo, entonces tengo una parte en su corazón aquí, y tendré además una parte en su casa en los cielos, pues, «si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados» (Ro. 8:17). ¡Oh, hermanos, qué perspectivas nos abre este hecho! El ser herederos con Dios

y coherederos con Cristo, prueba que todas las cosas son nuestras el don de Dios comprado con la sangre del Salvador.

«Este mundo es nuestro,
y los mundos futuros también,
la tierra es nuestra habitación,
y el cielo nuestro hogar».

¿Hay coronas? Si soy un heredero son mías. ¿Hay tronos? ¿Hay dominios? ¿Hay arpas, ramas de palma, y vestiduras blancas? ¿Hay glorias que el ojo humano nunca ha visto, y música celestial que ningún oído ha escuchado? Si soy un hijo de Dios, todas estas cosas son mías. En 1 Juan 3:2, leemos lo siguiente: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». Mirad a los príncipes, los reyes y los potentados. Su herencia es una pequeñez, un palmo de tierra que un pájaro en vuelo atraviesa en contados segundos. Sin embargo, los amplios acres que poseen los cristianos no pueden ser medidos por la eternidad. El hijo de Dios es rico sin límite; es bendecido sin que su dicha tenga ninguna clase de ataduras. Todo esto, y mucho más de lo que puedo enumerar, está involucrado en las santas palabras «Padre nuestro que estás en los cielos».

II. LA HERMANDAD CREADA POR LA PATERNIDAD DIVINA

El segundo punto importante del texto es la hermandad. No dice *mi* Padre, sino *nuestro* Padre. Os expondré muy brevemente este punto.

«Padre nuestro». Cuando pronunciáis esta oración, recordad que tenéis muchos buenos hermanos y hermanas que aún no conocen a su Padre, por eso debéis incluirles a todos ellos. Todos los escogidos de Dios, aunque algunos todavía no hayan sido llamados, y no lo sepan, son sus hijos. En una de las hermosas parábolas de Krummacher leemos una historia como ésta: «Un día Abraham se sentó en la gruta de Mamre, sosteniendo con pesadumbre su cabeza entre sus manos. Su hijo Isaac se acercó a él y le dijo:



—Padre mío, ¿de qué te lamentas?
¿Qué es lo que te pasa?

Abraham le respondió diciéndole:

—Mi alma se lamenta por la gente de Canaán, porque ellos no conocen al Señor sino que andan en sus propios caminos, en oscuridad e insensatez.

—¡Oh, padre mío —respondió el muchacho—, ¿es solamente por esto? No permitas que tu corazón esté triste, pues no son éstos sus propios caminos?

Entonces el patriarca se levantó de su asiento y le dijo que le siguiera. Seguidamente llevó a su hijo a una choza y le dijo: «contempla». Allí había un niño deficiente mental, y junto a él se sentaba su madre, llorando. Abraham le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Y ella le contestó:

Pues este hijo mío come y bebe, y nosotros lo atendemos durante todo el día, pero él no conoce el rostro de su padre ni de su madre. Su vida está perdida, y la fuente de gozo está sellada para él».

¿No nos enseña esta parábola, a orar por las muchas ovejas que aún no pertenecen al rebaño, pero que tienen que ser traídas a él? Debemos de orar por ellas porque no conocen a su Padre. Cristo les ha comprado con su sangre y no le conocen. El Padre les ama desde antes de la fundación del mundo, pero no conocen su rostro. Cuando decís «Padre nuestro», pensad en los muchos hermanos y hermanas que andan por las calles de Londres en los antros oscuros y los tugurios de Satanás. Piensa en tu pobre hermano que está intoxicado con el espíritu del diablo, y que es llevado a la infamia, la concupiscencia, y tal vez al crimen, y en tu oración pide por los que no conocen al Señor.

«Padre nuestro». Esto incluye a esos hijos de Dios que difieren de nosotros en su doctrina. ¡Ah, hay algunos que están tan lejos de nosotros como los dos polos, pero aún así son hijos de Dios. Hay quienes dicen: «Por favor, yo no puedo incluir en mi congregación a fulano y zutano, porque creo que son herejes». Pues tendrá que incluirlos, porque Dios los ha puesto, y ellos tienen derecho a decir «Padre nuestro». Hace al-

gún tiempo, en una reunión de oración, dije a dos hermanos en Cristo que oraran el uno después del otro. Uno era metodista y el otro calvinista, haciendo el metodista la oración más calvinista de los dos, y creo que al final, no podía decir cuál era uno y cuál era el otro. Les escuché con atención para ver si no podía discernir alguna peculiaridad aún en su fraseología, pero no había ninguna. Alguien dijo: «Los santos en oración parecen ser uno solo», pues cuando se disponen a orar se ven compelidos a decir: «Padre nuestro», y luego su lenguaje es del mismo estilo.

Cuando oréis a Dios, acordaos de los pobres, pues Dios es el Padre de muchos de los pobres ricos en la fe, y herederos del Reino. Querida hermana, si dobla usted sus rodillas sobre un vestido de satén y seda, recuerde también a todos los que llevan vestiduras pobres.

Querido hermano, recuerda a esos que no pueden usar lo que tú usas ni pueden comer lo que tú comes, pero comparados contigo son como Lázaro, mientras tú eres como el hombre rico. Ora por ellos, ponlos a todos en la misma oración, y di: «Padre nuestro».

No os olvidéis de orar por aquellos que se encuentran en tierras paganas, esparcidos como la preciosa sal en este mundo de putrefacción. Orad por todos los que mencionan el nombre de Jesús, y dejad que su oración sea muy amplia: «Padre nuestro que estás en los cielos». Después de haber pronunciado esas palabras, levántate y ponte en acción. No digas «Padre nuestro», y mires a tus hermanos con el ceño fruncido. Te ruego que vivas como un hermano y actúes también como tal. Ayuda a los necesitados, anima a los enfermos, conforta a los débiles de corazón, anda por doquier haciendo el bien, ministra al sufriente pueblo de Dios dondequiera que esté, y permite que el mundo les conozca y sepa que eres un hermano para toda la hermandad que hay en Cristo, un hermano nacido de la adversidad, como el mismo Maestro.

1. Habiendo expuesto así esta doble relación, me he dejado un poco de tiempo para una parte muy importante del tema, y esta es, *el espíritu de adopción*.



Estoy un poco perplejo de cómo explicar a los incrédulos cuál es el espíritu con el cual debemos ser llenos antes de poder pronunciar esta oración. Si tuviera aquí a un niño abandonado, creo que me vería en serias dificultades al tratar de hacerle entender cuáles son los sentimientos de un hijo hacia su padre. Pobre pequeño, siempre ha estado bajo los tutores; ha aprendido a respetarlos por su bondad, o a temerles por su austeridad, pero en el corazón de un niño nunca puede haber amor hacia sus tutores, por mejores que hayan sido, así como hacia sus verdaderos padres. Aquí hay un encanto especial; no podemos describirlo ni entenderlo. Es como un toque sagrado de la naturaleza, un latido que Dios ha puesto allí y que no puede ser quitado. La paternidad es reconocida por la relación que el hijo tiene con el padre. Y ¿cuál es el espíritu del niño ese espíritu dulce que le hace reconocer y amar a su padre? No os lo puedo decir a menos que vosotros mismos seáis niños, y entonces lo sabréis. Y ¿cuál es «el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba Padre!? No os lo puedo decir, pero si lo habéis sentido, sabréis de qué se trata. Es una dulce combinación de la fe que sabe que Dios es mi Padre, del amor que le ama como tal, del gozo que se regocija en Él y de la confianza que descansa sobre Él, porque por medio del testimonio del Espíritu, sé que Jehová, el Dios de los cielos y de la tierra, es mi Padre. ¡Oh!, ¿habéis sentido alguna vez el espíritu de adopción? No hay nada como él debajo el sol. A excepción del mismo cielo no hay nada más gozoso que disfrutar de ese espíritu de adopción. ¡Oh!, cuando sopla el viento de la tribulación, y se levantan las olas de la adversidad y el barco se va a estrellar contra las rocas, ¡cuán dulce es decir, «Padre mío», y creer que su mano poderosa está en el timón!

2. Cuando todos los huesos duelen, cuando nos sentimos abatidos por el dolor, y cuando la copa está llena de hiel, podemos decir: «Padre mío, si no puede pasar de mí esta copa sin que yo la beba, hágase tu voluntad» (Mt. 26:42). Bien dice Lutero en su exposición de los Gálatas: «hay más elocuencia en la expresión «¡Abba, Padre!» que

en todas las oraciones de Demóstenes y Cicerón juntas». «¡Padre mío!» ¡Oh, cuando estas palabras se aplican a Dios, hay música, elocuencia, y la misma esencia de la dicha del cielo. Mis queridos oyentes, ¿tenéis en vosotros el espíritu de adopción? Si no es así, sois hombres y mujeres miserables. ¡Que Dios mismo pueda traeros al conocimiento de su Persona! ¡Que Él os enseñe cuánto le necesitáis! Que pueda guiaros a la cruz de Cristo, y ayudaros a mirar a vuestro hermano que está perdido. Que Él os lave en la sangre que fluye de sus heridas abiertas, y entonces, aceptos en el Amado, podáis regocijaros de tener el honor de ser uno más de esa familia.

III. UN DOBLE ARGUMENTO

1. Y ahora, en último lugar, os diré lo que hay en el título, *un doble argumento*. «Padre nuestro». O sea, «Señor, oye lo que te tengo que decir. Tú eres mi Padre. Si me presento delante de un juez, no tengo derecho a esperar que él me oiga en las cosas que tengo que decirle. Si he venido en busca de algún beneficio para mí mismo, en caso de que la ley estuviera de mi lado, entonces podría demandar de Él una audiencia. Pero cuando he quebrantado la ley, y solamente vengo para buscar misericordia o favores que no merezco, no tengo derecho a esperar ser oído». Sin embargo, aunque un hijo esté errado, siempre espera que su padre oiga lo que le tiene que decir. «Señor, si te llamo Rey me dirás, “vete, eres un súbdito rebelde”. Si te llamo Juez, me contestarás: “cállate, o te condenaré por lo que salga de tu boca”. Si te llamo Creador, me responderás: “me arrepiento de haber hecho al hombre sobre la tierra”. Si te digo que eres mi Preservador, me contestarás. “Yo te he preservado, pero tú te has revelado en contra mía”. Pero si te llamo Padre, toda la peca-minosidad no podrá invalidar mi clamor. Si eres mi Padre me amas; si yo soy tu hijo, entonces me guardarás, y aunque mi lenguaje sea pobre, tú no lo despreciarás». Si un hijo de Dios tuviera que hablar delante de cierto número de personas, ¡qué alarmado estaría a no ser que su lenguaje fuera el más apropiado! A veces cuando tengo que diri-



girme a mi auditorio, queriendo predicar como nunca lo he hecho antes, a menos que haya seleccionado palabras muy escogidas, he de soportar una cantidad de críticas muy agudas. Pero si tuviera aquí a mi padre, y si todos vosotros pudierais tener una relación paternal conmigo, el uso del lenguaje no sería mi principal preocupación. Cuando me dirijo a mi Padre no tengo miedo de que Él me malentienda. Aunque mis palabras estén algo fuera de lugar, de alguna manera Él comprende su significado. Cuando somos niños pequeños, apenas parlotamos un lenguaje inteligible, y a pesar de ello nuestro padre nos entiende. Cuando comienzan a hablar, nuestros hijos parecen más holandeses que ingleses, y muchos de nuestros amigos que los oyen nos dicen, «por favor, tradúceme lo que este niño quiere decirme». Pero nosotros sabemos de qué se trata, y aunque lo que dicen no es el sonido más inteligible que pueda entenderse, sabemos que tienen sus pequeños deseos y una forma especial de expresarlos, de manera que podamos entenderlos. De igual manera, cuando nos allegamos a Dios, nuestras oraciones parecen estar hechas de varios eslabones entrelazados los unos con los otros, pero aunque no podamos ponerlos juntos, nuestro Padre nos oirá. ¡Oh, qué comienzo constituyen las palabras «Padre nuestro» para una oración llena de faltas que tal vez esté pidiendo lo que no debe! ¡Padre, perdona mi lenguaje inadecuado! Como dijo un querido hermano hace días en la reunión de oración sintiendo que no podía incorporarse a la oración, terminó de golpe diciendo: «¡Señor, hoy no puedo orar como quisiera, así que por favor, capta el significado!, y se sentó. Esto es lo que dijo cierta vez David: «mi deseo está delante de ti» no mis palabras, sino mi deseo, y Dios podía leerlo. Nosotros deberíamos decir «Padre nuestro» porque ésta es una razón por la cual Dios oirá lo que tenemos que decir.

2. Pero hay otro aspecto del argumento: «Padre nuestro», «Señor, dame lo que quiero». Si vengo ante un extraño, no tengo derecho a esperar que me dé nada, pero si me presento ante mi padre, traeré una petición que Él tendrá en cuenta. Padre mío,

no tengo necesidad de usar argumentos para mover tu misericordia, no he de dirigirte a ti como el mendigo que grita en las calles. Porque eres mi Padre conoces mis deseos y estás deseando concedérmelos. Tu trabajo es precisamente el de concedérmelos, y yo puedo venir a ti con confianza, sabiendo que me darás lo que te pido. Si siendo pequeños le pedimos algo a nuestro Padre, eso nos crea una obligación, pero es una obligación que nunca sentiremos. Si estuvieras hambriento y tu padre quisiera darte de comer, ¿sentirías que es una obligación como la que deberías sentir si fueras a casa de un extraño? En casa de un extraño entras temblando, y si le dices que tienes hambre, ¿crees que te dará de comer? Tal vez diga que te dará algo; pero si vas a la mesa de tu padre, te podrás dar todo un festín sin casi tener que pedirle nada. Luego te levantas y te vas, y no sientes que estás en deuda con él. No hay un severo sentido de obligación, como lo habría si no fueras su hijo. Ahora bien, todos tenemos una profunda obligación para con Dios, pero es la obligación de un hijo que nos impulsa a la gratitud, pero que no nos constriñe a sentir que hemos sido humillados por ella. ¡Oh, si no estuviese aquí mi Padre, ¿cómo podría esperar que él complaciera mis deseos? Pero puesto que él es mi padre, oirá mis oraciones y responderá la voz de mi clamor, supliendo todas mis necesidades de acuerdo a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.

CONCLUSIÓN

¿Te ha tratado mal tu padre últimamente? Entonces tengo esta palabra para ti. Cuando te trata rudamente, tu padre te ama tanto como cuando te trata con toda amabilidad. A menudo hay más amor en el corazón enfadado de un padre que en aquel que es demasiado amable. Pondré un caso como ejemplo. Suponed que hay dos padres, y sus dos hijos van a algún lugar remoto de la tierra donde aún se practica la idolatría. Suponed que estos dos hijos son absorbidos por ella. Llegan las noticias a Inglaterra y el primer padre está muy enojado. Su propio hijo ha olvidado la religión de Cristo y se ha convertido en un idólatra. El



segundo padre dice: «bien, si esto hace que sea un hombre mejor, lo acepto». ¿Cuál amarás más a su hijo, el padre enojado o el que trata el asunto con complacencia? Creo que el mejor padre es el que está enojado. Él ama a su hijo, por tanto no puede vender su alma por un valor material. Dadme un padre que esté enojado con mis pecados y que busque traerme de vuelta hacia él, aunque sólo sea mediante el castigo. Gracias a Dios que tenéis un padre que puede enojarse, pero que os ama tanto cuando está enojado como cuando os sonríe.

Id con este pensamiento en vuestras mentes y regocijaos. Pero si no amáis a Dios y tampoco le teméis, os ruego que vayáis a casa, confeséis vuestros pecados y busquéis misericordia por medio de la sangre de Cristo. Es mi deseo que este mensaje pueda ser útil para traeros a la familia de Cristo, aunque hayáis estado extraviados de él por un largo tiempo, y su amor os haya perseguido por tanto tiempo en vano. Que ahora os encuentre y os traiga otra vez a su casa con regocijo.

4. MANERAS QUE DIOS TIENE DE COMUNICARSE

«He hablado a los profetas, y aumenté la profecía y por medio de los profetas usé profecías» (Oseas 12:10).

INTRODUCCIÓN: Nos habla continuamente.

I. DIOS NOS HABLA DIARIAMENTE

II. A LO LARGO DE TODO EL AÑO

1. Por las cosechas.
2. Por las aves.
3. Por las estaciones del año.

III. EN CADA LUGAR

1. De viaje.
2. En el paisaje.

IV. EL MENSAJE DE LA VIDA COTIDIANA

1. El panadero.
2. El carnicero.
3. Los artesanos.
4. Los comerciantes.

5. Servicios.
6. Escritura.
7. El médico.
8. Los albañiles.
9. El joyero.

CONCLUSIÓN: ¿Eres sabio en vivir como lo estás haciendo sin pensar, de forma descuidada y sin Dios en tu vida?

MANERAS QUE DIOS TIENE DE COMUNICARSE

INTRODUCCIÓN

Cuando el Señor rescató a Israel de todas sus iniquidades, no dejó ni una piedra por dar vuelta, sino que les dio precepto sobre precepto, línea sobre línea, un poco aquí y un poco allí. A veces les enseñaba con la vara en su mano, como cuando les castigó con hambre, pestilencia e invasión. Otras veces, mediante gratificaciones, pues multiplicó su maíz, su vino y su aceite. Pero todas las enseñanzas de su providencia carecían de valor, y mientras su mano se extendía, ellos continuaban rebelándose contra el Altísimo. Entonces les llamó por medio de los profetas. Primero les envié uno, y entonces otro; Isaías, el profeta del lenguaje de oro, fue seguido por el quejumbroso Jeremías, y a sus talones, en rápida sucesión, les siguieron muchos visionarios con voz de trueno. Pero aunque un profeta le seguía al otro en una rápida sucesión, cada uno de ellos pronunciando las ardientes palabras del Altísimo, con todo no guardaron ninguna de sus reprimendas, sino que endurecieron sus corazones y aún continuaron en sus iniquidades. Entre el resto de los agentes enviados por Dios para llamar su atención y despertar su conciencia, estaba el uso de las similitudes. Los profetas no sólo estaban acostumbrados a predicar, sino a representar ellos mismos las señales y maravillas delante del pueblo. Por ejemplo, Isaías llamó a su hijo Maher shal hash baz, para que supieran que el juicio de Dios se apresuraba sobre ellos. Dios había ordenado que el niño fuera una señal: «Porque antes que el niño sepa decir: Padre mío, y